ALFONSO TRUEBA

Doce Antorchas

(SEGUNDA EDICION)



EDITORIAL JUS, S. A. MEXICO, 1959

Primera Edición.—Figuras y Episodios de la Historia de México.—2,000 ejemplares.
Enero de 1955.
Segunda Edición.—Figuras y Episodios de la Historia de México.—3,000 ejemplares.
Abril de 1959.

Vosotros sois la luz del mundo... Brille así vuestra luz ante los hombres, de manera que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

(San Mateo, V, 14, 16).

AL PRODUCIRSE la crisis religiosa llamada Reforma, la obtención de riquezas empieza a ser, desde entonces y entre los reformados, un bien. El que se enriquece es un benefactor social. La prosperidad material no sólo es prueba de virtud, sino que es virtud. No hay que buscar el reino de Dios más allá de los límites terrenales; la felicidad mundana, derivada de la abundancia de bienes materiales, es el Reino del Señor.

Sobre estos principios se edifica el mundo moderno, o sea el engendrado por la acción antitradicional de la Reforma, continuado por el liberalismo y en trance ahora de ser sepultado en la anarquía bolchevique.

Puritanos, calvinistas y judíos comienzan a poner en práctica esas ideas, y cuando los grandes mercaderes y banqueros de Amberes y Londres —que se reputaban llamados a una misión superior, divina— constituyen sobre estas bases la religión del dinero, doce apóstoles franciscanos fundan la civilización mexicana practicando la filosofía contradicha y negada por la Reforma protestante, esto es, el amor a la pobreza, el desprecio de los bienes terrenos.

Estos fundadores aplican al pie de la letra el mandato de Cristo, quien dijo: no llevéis oro, ni plata, ni dinero alguno en vuestros bolsillos, ni alforjas para el viaje; ni más de una túnica y un calzado. (Mat., X, 9, 10). Así, se presentan en el escenario del nuevo mundo desposeídos, rotos, inopes, e inflamados sólo por dos amores: el de Dios y el del prójimo.

"Vais —les dijo su caudillo— no alquilados por ningún precio, como otros, sino como verdaderos hijos de tan gran Padre; buscando no vuestras propias cosas, sino las que son de Jesucris-

to... poseyendo la muy alta pobreza, y siendo tales que el mundo os tenga en escarnio, y a manera y semejanza de afrenta, y vuestra vida juzguen por locura, y vuestro fin sin honra: para que así hechos locos al mundo, lo convirtáis a la locura de la predicación".

Y, en efecto, vinieron, y hechos locos al mundo —a ese cuerdo mundo del dinero y de la ganancia material—, lo convirtieron a su locura.

Sus hechos resultan inexplicables a los que tengan una concepción materialista de la vida y de la historia.

Una característica de la literatura liberal —ha dicho un escritor contemporáneo [1]— es su notoria incapacidad para comprender lo heroico. Por eso es de nuestra época el interpretar la vida de los hombres a través de sus necesidades materiales. Intentar que los historiadores progresistas entiendan el espíritu animador de empresas como la de Los Doce, es tarea perdida. Si no se apoyan en patrones materiales, el sentido de la historia se les escapa. Por eso no entienden a Cortés y malentienden a los misioneros.

Los historiadores demo-liberales han fracasado en su intento de explicar el florecimiento de la civilización de Hispanoamérica por la atracción de las riquezas. Que había ambiciones, quién lo duda. Ya lo confesó el bueno, el honrado Bernal Díaz, al hablar de sus compañeros muertos en la conquista: "Y a lo que a mí se me figura, con letras de oro habían de estar escritos sus nombres, pues murieron aquella crudelísima muerte por servir a Dios y a su Majestad, y dar luz a los que estaban en tinieblas, y también por haber riquezas, que todos los hombres comúnmente venimos a buscar".

En el soldado operaban los dos impulsos; y en los misioneros, cuyas vidas son la lección más conmovedora de desasimiento de todo lo terreno, ¿qué afán de riqueza terrena podría alguien descubrir en sus actos?

La verdad es que "la historia de la civilización americana no tiene explicación posible si no se acepta la intervención divina".

[1] Sierra Vicente D., *El sentido misional de la conquista de América.*

En un siglo, un continente se descubrió, se pobló, se colonizó, empezando por crear los medios de sustento que no poseía, y en el que fue necesario "aclimatar desde las vacas, los caballos y los cerdos, hasta el trigo y los repollos, y las rosas y los claveles", esto es, muchas de las cosas útiles o bellas que el hombre requiere para vivir.

Esta civilización se plantó y desarrolló no en torno a una factoría, sino a una iglesia. El colono protestante instalaba su negocio cerca del mar. El misionero penetraba en el corazón de los países y erigía, no un negocio, sino una iglesia, y a su sombra florecía la vida civil. Nuestros pueblos nacieron de la fe, no del comercio. Y fueron apóstoles los que labraron el alma de México y fijaron su destino perenne.

Los apóstoles son la luz del mundo. Y los doce primeros franciscanos que vinieron a México son doce antorchas que brillan en la calígine de los primeros días de la creación de nuestra patria, que alumbran el dominio que había sido del rey de las sombras y esclarecen las profundidades del alma de la raza postrada.

Son Doce Antorchas todavía encendidas, que muestran los caminos de México.

ES UNA ESCENA digna de perpetua recordación. Ocurrió la tarde del 9 de noviembre de 1519, o sea al siguiente día de la entrada de Hernán Cortés en la capital azteca.

Ha ido el capitán extranjero a visitar a Moctezuma en su palacio. El señor de los mexicanos le recibe con acato, le toma de las manos, lo sienta junto a sí. Los compañeros de Cortés —Alvarado, Velázquez de León, Ordaz y Sandoval, cinco soldados (entre los cuales se halla el que trazará el cuadro imborrable de esta entrevista, Bernal Díaz) y *las lenguas* doña Marina y Aguilar— rodean a los dos personajes principales.

Sin más ceremonias, Cortés expone a Moctezuma las nociones de la fe cristiana. Alguien pregunta:

—¿Por qué adoráis una cruz?

—Porque es señal de otra —contesta don Hernando— en que Nuestro Señor murió por redimir el humano linaje, que estaba perdido. En este Dios, que resucitó al tercer día, creemos y adoramos. El es el creador de todas las cosas.

En seguida ataca la idolatría mexicana, sin la menor consideración a los sentimientos religiosos de Moctezuma. Dice:

—Los que vosotros tenéis por dioses, no lo son, sino diablos. Son cosas muy malas, y cuales tienen las figuras, peores tienen los hechos. Mirad cuán malos son y de qué poco valor, que donde erigimos cruces no osan parecer.

Luego pide a Moctezuma que escuche atentamente las siguientes razones:

—Todos somos hermanos, hijos de un padre y de una madre. Nuestro rey, como tal hermano, se ha dolido de la perdición de las ánimas, que son muchas las que vuestros ídolos llevan al infierno,

donde arden en vivas llamas. Nos ha enviado a remediar esto, a evitar que sacrifiquen más indios e indias y a que no consintamos sodomías ni robos.

Agrega, con humildad que lo engrandece:

—El tiempo andando, enviará nuestro rey y señor unos hombres que viven muy santamente, mejores que nosotros.

Con estas breves palabras anuncia Cortés la liberación de los pueblos de Anáhuac: *vendrán hombres mejores que nosotros.* Quiso decir: vendrá el misionero a predicar, a enseñar, a elevaros a la más alta dignidad humana.

Porque *"lo que no intentan siquiera conquistadores vulgares, agentes de compañías de comercio, como Clive: la elevación del vencido por la adopción de los valores espirituales del vencedor, es la preocupación fundamental de Hernán Cortés"* [1].

Moctezuma ha oído con algo de impaciencia el razonamiento de Cortés. Quiere responder, Cortés cesa la plática, y volviéndose a sus compañeros, dice:

—Con esto cumplimos, por ser el primer toque [2].

Moctezuma replica:

—Desde tiempo inmemorial adoramos a nuestros dioses, y los tenemos por buenos. No me habléis más de ellos.

Este fue el encuentro de dos mundos, de dos civilizaciones, de una fe poderosa y de una fe vacilante.

Cortés era el representante de esa fe poderosa. Y a él *"sin duda eligió Dios señaladamente y tomó por instrumento para abrir la puerta y hacer camino a los predicadores de su Evangelio"* [3].

AFAN MISIONERO

Cortés justifica la guerra como un apostolado, pues si no se aparta a los indígenas de sus idolatrías y hay otra intención en los conquistadores, *"la dicha guerra sería injusta y todo lo que en ella se hoviese, obligado a restitución"*, según declaró en las Ordenanzas expedidas en Tlaxcala, antes de emprender el ataque a Tenochtitlán.

[1] VASCONCELOS, JOSÉ, *Hernán Cortés, creador de la nacionalidad.* Méx., 1944.
[2] DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL, *Conquista de Nueva España,* cap. 90.
[3] MENDIETA, FRAY JERÓNIMO DE, *Historia Eclesiástica Indiana,* lib. III, cap. I.

Una vez que ha derribado los ídolos sangrientos, luego que con su gloriosa espada liberta a las naciones indígenas del cruel poder de Huitzilopochtli, Cortés trabaja con espíritu misionero por cristianizar la tierra libertada.

En su cuarta relación al Rey insiste en su vieja petición de que envíe "personas religiosas de buena vida y ejemplo", y agrega:

"Porque hasta agora han venido pocos, o cuasi ningunos, lo torno a traer a la memoria de vuestra alteza, y le suplico lo mande proveer con toda brevedad, porque dellos Dios Nuestro Señor será muy servido y se cumplirá el deseo que vuestra alteza en este caso, como católico, tiene" [4].

Opina Cortés que no deben venir obispos ni prelados *"que seguirían la costumbre, que por nuestros pecados tienen, en disponer de los bienes de la iglesia, que es gastarlos en pompas y en otros vicios"*, y recomienda que sólo vengan religiosos de acreditado celo por la conversión de las gentes, a quienes se les den los diezmos para que funden casas y monasterios.

Termina el conquistador su relación declarando que *"así como con las fuerzas corporales trabajo y trabajaré que los reinos y señoríos de V. M. por estas partes se ensanchen, y su real fama y gran poder entre estas gentes se publique, que así deseo y trabajaré con el ánima para que V. A. en ellas mande sembrar nuestra santa fe, porque por ello merezca la bienaventuranza de la vida perpetua"* [5].

Este es uno de los muchos testimonios que acreditan a Cortés como plantador de la Cristiandad en nuestra patria. Ciertamente, a él debemos la fe, de donde concluimos, con el cronista Mendieta, *"que aunque Cortés no hubiera hecho en toda su vida otra alguna buena obra, más que haber sido la causa y medio de tanto bien como éste, tan eficaz y general para la dilatación de la honra*

[4] CORTÉS, HERNÁN, *4a. Relación al emperador Carlos V.*
[5] Ib.

de Dios y de su santa fe, era bastante para alcanzar perdón de otros muchos más y mayores pecados de los que de él se cuentan" [6].

La proposición de Cortés de que vinieran religiosos *"cuadró mucho al Emperador"*, porque lo mismo le aconsejaron en España las personas que consultó sobre este negocio, y de acuerdo con su parecer, determinó enviar ministros de vida santa, quienes no debían recibir de los indios más que la comida y la tela para sus hábitos.

Sólo en cuanto a que no vinieran obispos la proposición de Cortés fue desechada. Vinieron, pues, obispos, ¡pero qué obispos! Garcés, Zumárraga, Vasco de Quiroga, pues *"el Emperador los proveyó según el intento de Cortés, tan pobres y humildes, y tan despojados del mundo, como los demás que vinieron sin cargo"*.

DILIGENCIAS DEL EMPERADOR

Carlos V, recibidas las primeras relaciones de Cortés, dio aviso del descubrimiento de estas gentes al Sumo Pontífice León X, y le trasladó las peticiones del conquistador.

Además de esto, reunió a los letrados, teólogos y juristas más eminentes de sus reinos, para consultarles sobre estos 2 puntos: 1) si con buena y sana conciencia podía recibir y retener el señorío de las nuevas tierras, por el escrúpulo que le habían suscitado muchas personas al opinar que no había precedido justo título para conquistarlas y sujetarlas; 2) si era adecuado el medio que Cortés proponía para su conversión y doctrina.

Sobre ambas cuestiones se deliberó prolijamente, y ésta fue la causa de que la venida de los primeros misioneros se retardara por espacio de casi 3 años.

Pero apenas se divulgó *"esta novedad tan nueva del nuevo mundo descubierto"*, muchos religiosos se ofrecieron al trabajo apostólico. De Francia, Flandes, Italia y otros reinos iban frailes a España a solicitar del Emperador licencia para pasar a tierra de infieles. Casi todos los pretendientes eran hombres doctos y puros.

[6] MENDIETA, *Historia*, lib. III, cap. III.

Pocos alcanzaron el fin que perseguían. Sólo tres flamencos, gracias a su diligencia y por el favor de los grandes de Flandes, que a la sazón mandaban en España, obtuvieron permiso de venir acá con el espíritu de predicar la fe. Fueron ellos el guardián del convento de San Francisco de la ciudad de Gante, llamado fray Juan de Tecto, fray Juan de Aora y un lego: Pierre de Gand, conocido con el nombre de fray Pedro de Gante.

Los dos primeros, casi recién llegados, se fueron con Cortés a la expedición a las Hibueras y en ella murieron. Pedro de Gante pasó en México el resto de su vida y cumplió una hermosa obra, de la que particularmente nos ocuparemos en uno de estos cuadernos.

Los primeros predicadores no vinieron con autoridad del Papa, aunque con licencia del Emperador. Fray Pedro de Gante, solo al fin, se habría visto obligado a trabajar sin sujeción a un plan general y no habría hecho sino esparcir los gérmenes del cristianismo. Urgía, por lo mismo, organizar la cristianización del país.

BULA DE LEON X

Los que primeramente intentaron venir con autorización del Papa y licencia imperial fueron fray Juan Clapión, flamenco, confesor que había sido del Emperador, y fray Francisco de los Angeles, cuyo apellido era Quiñones, hermano del conde de Luna, quien por su nobleza de sangre, letras y observancia religiosa, era uno de los principales frailes de la orden de San Francisco.

Estos dos acordaron venir juntos a ejercitar la obra apostólica de la conversión de los indios de Nueva España, con otros compañeros que los ayudasen. Como tenían ganado el beneplácito del rey, hallándose en Roma suplicaron al Papa les concediese para sí y los demás frailes que viniesen las facultades y privilegios que sus antecesores habían otorgado a los de la misma orden que iban a predicar a tierra de infieles.

El Papa León X se los concedió liberalmente con un *motu proprio* y bula despachada en Roma el 25 de abril de 1521, documento cuyo original se guardaba en el convento de San Francisco de México.

Dice el Pontífice que habiendo sabido que ambos franciscanos se proponían *"arrancar las plantas adulterinas y sembrar las virtudes en la mies del Señor, y extirpar la raíz de los vicios, y reducir el linaje humano al conocimiento y camino de salvación"*, condescendía favorablemente a su deseo y les concedía las facultades, gracias e indultos que habían solicitado.

Entre esas facultades les otorgaba las de predicar, bautizar, confesar, absolver de excomunión, casar y juzgar en las causas matrimoniales, administrar los sacramentos de la Eucarística y Extremaunción, *"y esto sin que ningún clérigo, ni seglar, ni obispo, ni arzobispo, ni patriarca, ni otra persona de cualquier dignidad se lo pueda contradecir ni estorbar, so pena de descomunión latae sententiae"* [7].

Con este *motu proprio* salieron de Roma Fr. Juan Clapión y Fr. Francisco de los Angeles, y fueron a España. Poco después de su llegada murió el Papa León y fue electo Adrián VI, que había sido maestro del Emperador Carlos V, quien se hallaba en Alemania, *"procurando de atajar los grandes males que en toda la cristiandad causaba la falsa doctrina que había empezado a predicar el perversísimo Lutero"*.

Carlos V suplicó a su maestro el Papa Adriano que concediese toda su autoridad a los religiosos de las órdenes mendicantes que habrían de pasar a las Indias.

El nuevo Papa, condescendiendo a la petición del Emperador, expidió en Zaragoza el 9 de mayo de 1522 la bula en que autorizaba la venida de los frailes de las órdenes mendicantes dispuestos a participar en el trabajo de conversión de los indios, y so pena de excomunión *ipso facto incurrenda* mandó que nadie tratase de impedirlo. Asimismo otorgó a los misioneros la autoridad plena del Sumo Pontífice para la conversión de los infieles.

[7] Ib., lib. IV, cap. V.



Fray Francisco de los Angeles o Quiñones.
General de los Franciscanos en el año de 1523.

SE ELIGE POR PRIMER APOSTOL A FRAY MARTIN DE VALENCIA

Resuelto por el Emperador que los primeros ministros de esta nueva gente fuesen frailes menores, sólo faltaba señalar a los compañeros de fray Juan Clapión y fray Francisco de los Angeles, que con más determinación se habían ofrecido para el efecto, y sacado la bula del Papa León.

El Padre Quiñones, o de los Angeles, no pudo venir porque en el capítulo general celebrado en Burgos en abril de 1523 fue electo general de la orden. El Padre Clapión tampoco vino "*porque la muerte le atajó sus buenos deseos*".

Viéndose fray Francisco impedido del viaje a las Indias, su mayor cuidado fue el de acertar en la provisión del apostolado de las innumerables gentes indianas, del que humildemente confesaba haber sido privado por indigno.

Al fin vino a elegir a fray Martín de Valencia, provincial de San Gabriel, donde se guardaba con singular pureza y perfección la regla de San Francisco. "*Contentóle en este varón de Dios* —dice el cronista— *la madurez de su edad, la gravedad y serenidad de su rostro, la aspereza del hábito, junto con el desprecio que mostraba de sí mismo, la reportación de sus palabras, y sobre todo, el espíritu de dentro le decía: éste es el que buscas y has menester; porque realmente en aquél, sobre tantos y tan excelentes varones, se le representó el retrato del espíritu ferviente de San Francisco*" [8].

Después de hablar con el Emperador sobre la persona que había electo, partió el general a la provincia de San Gabriel, reunió capítulo en el convento de Belvis y mandó por santa obediencia a Fr. Martín de Valencia que tomando doce compañeros escogidos conforme a su espíritu, pasase a predicar el Evangelio a las gentes descubiertas por Hernán Cortés en las Indias de la Nueva España.

Fray Martín, que siempre había deseado ir a predicar a infieles, aceptó sin réplica la obediencia impuesta y comenzó luego la tarea de recoger los compañeros que había de llevar.

[8] Ib.



Los doce primeros apóstoles franciscanos. (Fresco en el convento franciscano de Huejotzingo, Pue.).

Los nombres de los doce apóstoles —que deberían estar inscritos con letras de oro en la historia de la cultura mexicana— eran estos:

MARTÍN DE VALENCIA
FRANCISCO DE SOTO
MARTÍN DE JESÚS, O DE LA CORUÑA
JUAN SUÁREZ
ANTONIO DE CIUDAD RODRIGO
TORIBIO DE BENAVENTE *(Motolinía)*
GARCÍA DE CISNEROS
LUIS DE FUENSALIDA
JUAN DE RIBAS
FRANCISCO JIMÉNEZ
ANDRÉS DE CÓRDOBA (lego)
JUAN DE PALOS (lego)

"*Este grupo de hombres verdaderamente espirituales* —dice don Mariano Cuevas— *será siempre considerado como los padres de la Iglesia mexicana y constituirán siempre una verdadera gloria de la Iglesia y de España. Con ellos, sencillamente, vino la civilización, y desde entonces hay un México civilizado*" [9].

[9] CUEVAS, MARIANO, *Historia de la Iglesia en México*, T. I., cap. IV.

Reunidos los doce compañeros, marcharon al convento de Santa María de los Angeles, donde hallaron al ministro general, quien quiso verlos a todos, hablarles y darles mandato de ir entre los infieles, el mismo día de San Francisco, para que hiciesen cuenta que él mismo los enviaba.

Por escrito dio el ministro general a fray Martín de Valencia una instrucción que alguien ha llamado "la *carta magna* de la civilización mexicana" [10], y que lo es realmente porque "*sobre sus bases la raza nativa ha perdurado en este país hasta nuestros días, influyendo en su cultura, en su política y en su desarrollo en forma de verdadero privilegio*" [11].

"*Porque en esta tierra de la Nueva España* —dice la Instrucción de fray Francisco de los Angeles—, *siendo por el demonio y carne vendimiada, Cristo no goza de las ánimas que con su sangre compró, parecióme que pues a Cristo allí no le faltaban injurias, no era razón que a mí me faltase sentimiento de ellas... Y sintiendo esto, y siguiendo las pisadas de nuestro padre S. Francisco, acordé enviaros a aquellas partes, mandando en virtud de santa obediencia aceptéis este trabajoso peregrinaje*".

Les recuerda cómo los apóstoles anduvieron "*por el mundo predicando la fe con mucha pobreza y trabajos, levantando la bandera de la Cruz en partes extrañas, en cuya demanda perdieron la vida con mucha alegría por amor de Dios y del prójimo, sabiendo que en estos dos mandamientos se encierra toda la ley y profetas*". Les pide en seguida que, a imitación de los santos, que buscan, no su honra, sino la de Dios, no su descanso, sino el del prójimo, vayan a propagar el evangelio. "*Vuestro cuidado no ha de ser* —les dice— *aguardar cerimonias ni ordenaciones, sino en la guarda del Evangelio y regla que prometisteis*".

---

[10] López, Atanasio, *Los Doce primeros apóstoles de México.* Barcelona, 1930.
[11] Sierra, Vicente, D., *El sentido misional de la conquista de América.* Buenos Aires, 1942.

Les recomienda luego que, "*pues vais a plantar el Evangelio en los corazones de aquellos infieles, mirad que vuestra vida y conversación no se aparte de él*" [12].

Estuvieron los *doce* en el convento de Santa María de los Angeles todo el mes de octubre (1523), con el Ministro general, quien los armó para la guerra que habían de hacer al príncipe "*que tan apoderado y enseñoreado estaba*" de nuestra tierra.

El 30 de octubre les dio fray Francisco la patente y obediencia con que habían de venir, en las que les dice que:

"*Entre los continuos trabajos que ocupan mi entendimiento... principalmente me solicita y congoja de cómo por medio vuestro, carísimos hermanos, procure yo... librar de la cabeza del dragón infernal las ánimas redemidas por la preciosísima sangre de Nuestro Señor Jesucristo... y hacerlas que militen debajo de la bandera de la Cruz, y que abajen y metan el cuello so el dulce yugo de Cristo*".

Les previene a continuación que irán "*a la viña, no alquilados por algún precio, como otros, sino como verdaderos hijos de tan gran Padre, buscando no vuestras propias cosas, sino las que son de Jesucristo... el cual deseó ser hecho el postrero y el menor de los hombres, y quiso que vosotros sus verdaderos hijos fuésedes postreros, acoceando la gloria del mundo, abatidos por vileza, poseyendo la muy alta pobreza, y siendo tales que el mundo os tuviese en escarnio y vuestra vida juzgasen por locura, y vuestro fin sin honra; para que así hechos locos al mundo convirtiésedes a ese mismo mundo con la locura de la predicación. Y no os turbéis porque no sois alquilados por precio, mas antes enviados sin promesa de soldada*" [13].

Y así vinieron: no alquilados por precio, a buscar, no su honra, sino la de Dios, no su descanso, sino el del prójimo, hechos locos al mundo para convertirlo a la locura de la Cruz.

Con ellos vinieron a México los mejores hombres de la Cristiandad, la flor de la cultura europea. Nuestra patria gozó la pre-

---

[12] Mendieta, *Historia*, lib. III, cap. IX.
[13] Ib.

ferencia de los religiosos excelsos. Ya se quejaba de ello el virrey del Perú, don Francisco Toledo, cuando decía en 1572: *"La Nueva España como primogénita se llevó en los principios la nata, y se acertó en la elección de los prelados ansí para las Iglesias como para las religiones, en que todos fueron personas santas y modestas y muy dadas a apuntar el Evangelio"* [14]. *"Y no se equivocaba Toledo* —comenta un autor—, *ya que en Nueva España la calidad de los misioneros, en especial de los franciscanos, fue excepcional. Si algo merece ser estudiado con profundidad y amor es la labor desarrollada por la orden seráfica en esa parte de América"* [15].

Pero vayamos a los hechos, que ellos nos revelarán la gloria de nuestros primeros misioneros.

PARTIDA DE LOS DOCE

De la casa de Santa María de los Angeles volvieron los doce a su provincia de San Gabriel, a despedirse de sus hermanos; luego marcharon a Sevilla y de aquí a San Lúcar de Barrameda, donde se embarcaron y dieron a la vela el 25 de enero de 1524, día de la conversión del apóstol San Pablo.

Llegaron a la Gomera, isla de las Canarias, el viernes 4 de febrero. Después de 27 días de navegación desembarcaron en la isla de San Juan de Puerto Rico, y recibido algún refrigerio, se dieron por 3a. vez a la vela el 13 de marzo. Unos días después aportaron en Santo Domingo, isla en la que se detuvieron 6 semanas. Siguieron a Cuba y el 13 de mayo llegaron a San Juan de Ulúa.

Todo el tiempo del viaje fue bonancible. *"Y es de considerar que como Dios los traía para obreros escogidos de su viña, no quiso que alguno de ellos peligrase, sino que los trajo sanos y salvos en aquel tiempo, cuando por la extrañeza y novedad de las tierras y climas solían muchos enfermar y morir"*, dice el cronista Mendieta.

[14] *Papeles de los gobernadores del Perú*, T. IV, p. 9. Madrid, 1521-1526.
[15] Sierra, Vicente D., *op. cit.*, p. 104.

Cuando Cortés supo que los *doce* estaban en Veracruz, mandó a algunos de sus criados les saliesen al camino y los recibiesen en su nombre. Bernal Díaz refiere que también mandó les barriesen los caminos y que en los pueblos de indios los recibieran con repiques de campanas, *"y porque los indios lo viesen, para que tomasen ejemplo, mandó a los españoles que se hincasen de rodillas a besarles las manos y hábitos, y aun les envió Cortés al camino mucho refresco y les escribió muy amorosamente"* [16].

Los doce religiosos se pusieron en camino de México, a pie y descalzos, y sin querer recibir mucho regalo. Entonces Cortés llamó a su presencia a todos los indios caciques y principales de las mayores poblaciones, para que todos juntos recibiesen en su compañía a los ministros de Dios que venían a enseñarles su ley.

Los misioneros se detuvieron en Tlaxcala por descanso y por ver aquella ciudad que tanta fama tenía de populosa. Aguardaron el día de *tianguis*, en que la gente se solía juntar, y al ver tan grande multitud de ánimas, *"alabaron a Dios con grandísimo gozo por la copiosa mies que les ponía delante"*. Como ignoraban la lengua de los nativos, a señas indicaban el cielo y dábanles a entender que venían a mostrarles su camino.

Cuenta el Padre Mendieta que los indios se andaban tras ellos (como los muchachos suelen seguir a los que causan novedad), y se maravillaron de verlos con tan desarrapado traje, diferente de la gallardía que en los soldados españoles habían visto. Y decían unos a otros: ¿Qué hombres son éstos tan pobres? ¿qué manera de ropa es esta que traen? No son éstos como los otros cristianos de Castilla.

Al hacer estas observaciones, los indios pronunciaban muchas veces la palabra *motolinía*, y uno de los padres, llamado Fray Toribio de Benavente, preguntó a un español qué quería decir aquel vocablo tan repetido. Respondió el español: Padre, *motolinía* quie-

[16] Díaz del Castillo, Bernal, *Conquista*, cap. 71.

re decir pobre o pobres. Entonces dijo fray Toribio: Este es el primer vocablo que sé en esta lengua, y por que no se me olvide éste será de aquí adelante mi nombre.

LA MAYOR HAZAÑA DE CORTES

Cuando los padres se acercaban a la ciudad de México, Cortés salió a recibirlos, acompañado de fray Bartolomé de Olmedo, sus valerosos capitanes y soldados, Cuauhtémoc, caciques y principales mexicanos.

Al aproximarse los viajeros, Cortés se apeó del caballo, y lo imitaron sus soldados. En presencia de los religiosos el primero que se arrodilló delante de Martín de Valencia fue Cortés, quien intentó besarle las manos, pero el fraile no lo consintió, y le besó los hábitos.

"Y de que el Guatemuz —dice un testigo de esta escena— *y los demás caciques vieron ir a Cortés de rodillas a besarle las manos, espantáronse en gran manera; y como vieron a dos frailes descalzos y flacos, y los hábitos rotos, y no llevar caballo, sino a pie y muy amarillos, y ver a Cortés, que lo tenían por ídolo o cosa como sus dioses, ansí arrodillado delante d'ellos, dende entonces tomaron ejemplo todos los indios . . . Y más digo que cuando Cortés con aquellos religiosos hablaba, que siempre tenía la gorra en la mano quitada y en todo les tenía grande acato"* [17].

El cronista Mendieta dice a propósito de este hecho:

"Y cierto esta hazaña de Cortés fue la mayor de las muchas que de él se cuentan, porque en las otras venció a otros, mas en ésta venció a sí mismo . . . Porque ¿qué hombre oviera que puesto en la cumbre y alteza en que él se veía, enseñoreado de un nuevo mundo, temido y respetado por los mismos señores de él, y reputado de ellos por otro dios Júpiter, se abajara y humillara hasta ponerse de rodillas delante de unos pobres hombres mendigos y remendados, y al parecer del mundo, dignos de ser tenidos en poco, y besarles sus manos?" [18].

---

[17] Ib.

[18] MENDIETA, *Historia*, lib. III, cap. XII.

La entrada de *los doce* en la capital mexicana fue el 17 de junio de 1524, y este año quedó tan grabado en el ánimo y corazón de los indios que, como refiere el Padre Motolinía, *"lo notaron y tienen por más principal que otro, porque desde allí comienzan a contar como año de la venida o advenimiento de Dios, y así comúnmente dicen: 'el año que vino nuestro Señor; el año que vino la fe'"* [19].

LA PRIMERA PLATICA

Por conducto de Jerónimo de Aguilar o de otro intérprete, uno de los doce habló a los caciques y principales reunidos con motivo de su llegada.

Díjoles que no imaginaran, por la honra y acatamiento que Cortés había usado con ellos, alguna divinidad en sus personas, porque no eran sino hombres mortales y perecederos como ellos, y de la misma masa y naturaleza.

Les hizo saber que eran mensajeros de un Prelado universal, quien los había enviado para darles a conocer al verdadero Dios.

"Sólo a esto venimos —agregó— *de tan lejos tierras, y con tan grandes peligros de la vida como se ofrecen en tan largo viaje de mar y tierra, y no a pretender ni buscar oro ni plata, ni otro interés o provecho temporal, sino el perpetuo de vuestra salvación"*.

Los caciques y principales respondieron a esto dándole las gracias por su buena venida, y les ofrecieron entregarles a sus hijos para el efecto que pretendían; que reposasen, y ninguna cosa les diese pena.

Suponemos que debió quedar perplejo el ánimo de los caciques al enterarse de que había personas en el mundo que no buscaban oro ni plata. Tal vez no dieron crédito a aquellos hombres pálidos y rotos cuando les oyeron decir que habían venido sólo por su bien. Sin embargo, la pobreza revelada en sus hábitos, la humildad que a través de sus actos se dejaba traslucir, seguramente les indicaron

---

[19] MOTOLINÍA, FRAY TORIBIO, *Historia de los Indios de la Nueva España*, Trat. 10, cap. I.

cuál era la verdad. Ya tendrían muchas oportunidades de confirmarla.

Un escritor que no va de acuerdo con la tradición religiosa de México —don Justo Sierra— dice al hablar de esta primera misión franciscana:

"Un verdadero apostolado de fe, de humildad, de pobreza, de fervor, hombres en quienes había tornado al mundo el espíritu angélico del fundador; toda la ternura, toda la dulzura de la religión de Francisco de Asís era necesaria para mostrar al mundo, en aquella época, españoles que no fueran duros, que no fueran crueles: los frailes de la custodia sólo lo fueron con ellos mismos . . . el indio fue hijo suyo desde aquel instante" [20].

CELEBRAN CAPITULO

Hallaron los doce algunos religiosos de su orden que habían venido antes que ellos a esta tierra, aunque sin autoridad apostólica, como ellos la traían.

Tres de los primeros eran los flamencos de que hablamos, fray Juan de Tecto, fray Juan de Aora y Pedro de Gante. Se ignoran los nombres de otros dos frailes que vinieron de las islas y servían de capellanes a los españoles. Es probable que fueran los padres Pedro Melgarejo y Diego Altamirano, mentados por Bernal Díaz en su crónica.

A todos recogió fray Martín de Valencia, como prelado supremo, y viendo que formaban un grupo de diecisiete, le pareció que era necesario repartir el trabajo.

Por espacio de quince días estuvieron los doce ocupados en pedir al Señor les ayudase *"para comenzar a desmontar aquella su tan amplísima viña llena de espinas, abrojos y malezas"*. Luego fray Martín llamó a sus frailes a capítulo, y reunidos, les dio libertad para que eligiesen custodio de nuevo, diciendo que él no había venido sino por su comisario hasta llegar a Nueva España. Reco-

---

[20] SIERRA, JUSTO, *Evolución Política del Pueblo Mexicano*, lib. 2o., cap. I.

nociendo la ventaja que fray Martín hacía a todos, los religiosos le confirmaron en el cargo.

Fray Martín les propuso en seguida que se dividieran y fundaran algunos conventos, idea que a todos pareció muy conveniente. Finalmente, informado de las provincias que eran más principales en veinte leguas a la redonda de la ciudad de México, determinó quedar él mismo en la capital con cuatro frailes, y distribuyó los otros doce de cuatro en cuatro por las mayores ciudades de aquella época: Texcoco, Tlaxcala y Huejotzingo.

Entonces comenzó la diáspora apostólica. Abrazándose los unos a los otros, tomaron los frailes el camino que habían de llevar.

APRENDEN LA LENGUA

Fray Martín en México y los demás religiosos en las provincias hicieron edificar junto a su monasterio unas piezas grandes para enseñanza de los hijos de los indios principales.

Estos, todavía recelosos de los frailes, en lugar de traer a sus hijos, trajeron los de sus criados o vasallos, y sucedió que los hijos de los plebeyos aprendieron a leer y escribir, salieron hombres hábiles y vinieron después a ser alcaldes y gobernadores, y mandar a sus señores.

Mientras los religiosos ignoraron la lengua de los naturales su trabajo fue de muy poco fruto. Ni los indios entendían lo que se decía en latín, ni cesaban sus idolatrías, ni podían los frailes reprenderselas. Esto les tenía muy desconsolados, y no sabían qué hacer, porque aunque procuraban aprender la lengua, no había quien se las enseñase.

Entonces recurrieron a los niños, *"y así fue que dejando a ratos la gravedad de sus personas, se ponían a jugar con ellos con pajuelas o pedrezuelas el rato que les daban de huelga, para quitarles el empacho con la comunicación"*. Tenían siempre papel y tinta en las manos, y en oyendo un vocablo lo escribían y apuntaban la cosa a que se relacionaba.

Por la tarde se juntaban los religiosos y se comunicaban sus escritos. De este modo empezaron a formar un vocabulario.

Les ayudó en este trabajo una mujer española viuda que tenía dos hijos chiquitos, los cuales tratando con los indios habían aprendido su lengua. Uno de los niños, llamado Alonsito, se fue a vivir con los padres y les servía de intérprete. Cuando tuvo edad tomó el hábito de la orden y llamóse después fray Alonso de Molina.

Dice el Padre Mendieta que *"bien pudiera Dios darles luego llegando la lengua que tanto deseaban saber; empero, quiso que los primeros evangelizadores de estos indios aprendiesen a volverse como al estado de niños, para darnos a entender que los ministros del Evangelio que han de tratar con ellos . . . conviene que dejen la cólera de los españoles, la altivez y presunción (si alguna tienen), y se hagan indios con los indios, flemáticos y pacientes como ellos, pobres y desnudos, mansos y humildísimos como lo son ellos"* [21].

A los seis meses de trabajo comenzaron los religiosos a hablar la lengua de los indios. Los primeros en aprenderla fueron fray Luis de Fuensalida y fray Francisco Jiménez, quien compuso una gramática.

DESTRUCCION DE TEMPLOS

Tocó a esta misión de los doce el rudo trabajo de desenraizar el culto de los antiguos dioses.

Antes de que ellos llegaran habían cesado ya los sacrificios acostumbrados, en que mataban hombres. Pero los indios, si bien acudían a la predicación, no dejaban de visitar sus templos y de reunirse en los cerros y lugares arredrados, donde practicaban secretamente sus ceremonias religiosas, algunas veces sangrientas.

En vista de ello, pidieron los religiosos a Cortés que mandara con mucho rigor que cesaran los sacrificios y el culto de los ídolos. Cortés, que estaba por partir a Honduras, lo proveyó como se le pedía. Mas como los españoles que habían de impedir el culto

[21] MENDIETA, *Historia*, lib. III, cap. XVIII.

andaban muy ocupados en edificar sus casas y sacar el tributo de los indios, la idolatría continuaba.

Los religiosos entendieron que su trabajo sería inútil mientras los templos de los ídolos estuviesen en pie. Tomaron, pues, una determinación heroica: derrocar y quemar los templos, *"y no parar hasta tenerlos todos echados por tierra, y los ídolos juntamente destruidos y asolados, aunque para ello se pusiesen en peligro de muerte"*.

En efecto, la destrucción empezó el primer día de enero de 1525. Demolieron primeramente los templos de Texcoco, que eran muy torreados, y luego los de México, Tlaxcala y Huejotzingo, llevando los frailes en su compañía a los niños y muchachos que criaban y enseñaban.

"Y así cayeron los muros de Jericó con voces de alabanza y alarido de alegría de los niños fieles, quedando los que no lo eran espantados y abobados, y quebradas las alas del corazón, viendo sus templos y dioses por los suelos".

Esta heroica hazaña de los frailes no fue aprobada por los españoles seglares, quienes temían que los indios se alborotaran y los mataran. De este temor no participaban los religiosos, dispuestos como estaban a morir por Dios. Además, conocían la condición de los indios, que si veían pusilanimidad en los que los trataban, cobrarían ánimo para atreverse. Por el contrario, si reconocían fortaleza en sus contrarios, luego se acobardarían, como en realidad ocurrió.

No se registraron, pues, ningunos alborotos. Los indios miraron impasibles la demolición de sus templos, que no eran sino mataderos empapados con la sangre de los suyos. En el fondo de su corazón debieron alegrarse de que desaparecieran para siempre aquellos escenarios de crímenes.

Mucho se ha censurado a los frailes este afán destructor. Se les culpa de fanáticos que hicieron perecer monumentos preciosos de la antigüedad precortesiana.

Basta un poco de sentido común para ver lo infundado de esas críticas. Don Justo Sierra dice: *"No eran arqueólogos, eran após-*

toles aquellos hombres; juzgaron necesario lo que hicieron; el objetivo era superior al valor de los monumentos, por valiosos que se les suponga; la pérdida fue irreparable, la ganancia fue inmensurable" [22].

Por otra parte, esos que acusan a los primeros misioneros de fanáticos pierden de vista el siguiente hecho, señalado por don Joaquín García Icazbalceta: *"que los hombres de la Reforma, en pleno siglo XIX, cuando más nos escandalizábamos de la barbarie e ignorancia de los misioneros, echaron por tierra, no toscas masas de material, teatro de nefandos crímenes, sino nuestras iglesias y conventos y hasta los asilos de los pobres, fundados por la caridad cristiana"* [23].

Además, como advierte el mismo historiador, *"ningún partido podía sacarse de aquellas moles de piedra o tierra, sin otro lugar cubierto que unas mezquinas capillas o torres de madera, tapizadas de una gruesa costra de sangre humana, hediondas, abominables, que debían ser destruídas, aunque sólo fuese para manifestar el horror que causaban aquellos mataderos de hombres"*.

En resumen: lo lamentable fue, no que esos templos se demolieran, sino que hayan sido edificados. En verdad, debemos estar agradecidos a los religiosos de haber limpiado nuestro suelo de los horrendos *teocalis*.

A propósito de la pérdida de algunos manuscritos valiosos que los misioneros hubiesen confundido con objetos del culto idolátrico, dice Alamán: *"Sea cual fuere el daño que causaron a la historia con sus piadosas quemazones, no es sin embargo la generación presente la que tiene el derecho de acusarlos, cuando hemos visto consumir en las coheterías o vender para envolver drogas en las boticas, no manuscritos con signos no conocidos, sino los archivos muy importantes de muchas oficinas . . ."*.

---

[22] SIERRA, JUSTO, *op. cit.*

[23] GARCÍA ICAZBALCETA, JOAQUÍN, *Don Fray Juan de Zumárraga*, cap. XXII.

En aquella sociedad naciente, cuando dos razas opuestas sentaban los fundamentos de la nueva nación, fueron los primeros religiosos lazo de unión, agentes de paz, preservadores del orden.

Recién ido Cortés a las Hibueras quedaron en México sólo unos 200 españoles, y con ser tan pocos *"andaban entre sí a malas unos con otros por la negra ambición y cobdicia"*, sin consideración al peligro en que estaban, cercados de millones de indios a quienes tenían *forciblemente avasallados.*

Fue la tumultuosa época (1524-1526) del gobierno de los oficiales reales, o lugartenientes de Cortés.

Dividiéronse los extranjeros en dos bandos, vinieron a las armas, y andaban tan trabados que ninguno había que tratase de paz ni se pusiese de por medio, ni se metiese entre las espadas, lanzas y artillería, sino los frailes. Estos, en efecto, evitaron que se mataran unos a otros, y que los indios, viendo sus querellas, dieran sobre ellos y los acabaran.

Al mismo tiempo que moderaron la furia de las banderías y protegieron a sus compatriotas del peligro de una rebelión, los religiosos tomaron resueltamente la defensa de la raza nativa, contra sus mismos paisanos.

Aquí fue donde los franciscanos mostraron su valentía y fortaleza. El que imagine que un misionero era un hombre blandengue, trémulo y apocado, se equivoca. Los frailes eran humildes; pero como la humildad no va reñida con la justicia, cuando se trató de defender los derechos del débil, los frailes los defendieron heroicamente, con riesgo de la vida. Eran humildes, pero fuertes; pacíficos, pero enteros.

Así se mostraron los franciscanos de la primera misión cuando los lugartenientes de Cortés atropellaban todo derecho.

Fray Martín de Valencia no había querido usar de la autoridad y poder que tenía del Papa, por humildad; pero viendo que no había otros prelados ni jueces, hubo de presentar los breves de

León X y Adriano VI, que fueron aceptados por los oficiales y cabildo de la ciudad, y así comenzó a usar de su autoridad.

Sin embargo, el gobierno civil no hacía más caso de sus mandamientos que si fuera un simple fraile sin autoridad alguna, ni de excomuniones ni otras censuras. Particularmente se burlaban de la Iglesia en sacar y ajusticiar a los que a ella se retraían.

Viendo esto, fray Martín se presentó un día en el cabildo y trató de ponerlos en razón con buenas palabras, que no tuvieron ningún efecto. Entonces púsose de rodillas delante de un crucifijo, y a voces de parte de Dios los maldijo si no obedecían sus mandatos. Esto hizo temblar de temor a los rebeldes, que no osaron hablar más por entonces.

Los mismos españoles cogieron odio a los religiosos desde que éstos procuraron librar a los indios de los agravios que padecían. *"Estos frailes* —decían los conquistadores— *nos destruyen, y quitan que no estemos ricos, y nos quitan que se hagan los indios esclavos; hacen bajar los tributos y defienden a los indios y los favorecen contra nosotros; son unos tales y unos cuales"* [24].

Llegaron los españoles algunas veces a echar a los predicadores del púlpito porque les reprendían los malos tratamientos que a los naturales hacían.

Y cuando muy indignados decían que los frailes destruían la tierra en favorecer a los indios contra ellos, los frailes para mitigar su ira respondían con paciencia: *"Si nosotros no defendiésemos a los indios, ya vosotros no tendríades quien os sirviese. Si nosotros les favorecemos, es para conservarlos; y en defenderlos y enseñarlos a vosotros servimos y vuestras conciencias descargamos, porque cuando de ellos os encargasteis fue con obligación de enseñarlos; y no tenéis otro cuidado sino que os sirvan y os den cuanto tienen y pueden haber. Pues ya que tienen poco o nada, si los acabásedes, ¿quién os serviría?"* Así hablaba uno de los intrépidos frailes que tomaron a su cargo la defensa de los indios: el gran Motolinía [25].

Los españoles también se quejaban de que los frailes mostra-

[24] Motolinía, *Historia*, Trat. 3o., cap. I.
[25] Ib., cap. IV.

ban querer más a los indios que a ellos, a lo que respondían los frailes, por boca de Motolinía: *"No costaron menos a Jesucristo las ánimas de estos indios que las de los españoles o los romanos, y la ley de Dios obliga a favorecer y animar a éstos que están con la leche de la fe en los labios, que no a los que la tienen ya tragada con la costumbre"* [26].

He aquí, expuesta en bellas y pocas palabras por nuestro Padre Motolinía, la doctrina verdadera de la fraternidad, que España, la gran civilizadora, llevó a todos los pueblos; fraternidad que no se funda en la raza, ni en el origen común, sino en Cristo.

EL AMOR DE LOS INDIOS

La pureza de vida de los primeros evangelizadores fue una predicación viva, y suplió la falta de milagros que hubo en la primitiva Iglesia.

Los indios veían a los religiosos andar descalzos, con hábitos de grueso sayal cortos y rotos, dormir sobre un petate con un palo o manojo de yerbas secas por cabecera, cubiertos sólo con sus mantillos viejos. Su comida era tortilla de maíz y chile, capulines o tunas. Sus casas, humildes y bajas. La pobreza y estrechura en que vivían eran tan grandes, *"que San Francisco que viniera de nuevo al mundo no les hiciera ventaja"*.

Admiraban los indios en los frailes el menosprecio de sí mismos, la mansedumbre y la humildad; su inviolable honestidad, no sólo en obras sino en la vista y en palabras; el desprecio del oro y de todas las cosas del mundo; la paz, el amor y la caridad entre sí y con todos.

Veían, además, cómo trabajaban sin descanso por enseñarles y fueron testigos de los denuestos, injurias y molestias que sufrieron de los que en un tiempo gobernaron el reino, y de la mucha paciencia con que lo llevaban.

El trato que los naturales recibieron de los frailes fue siempre

[26] Ib.

amoroso. Si algunas culpas venían a su noticia, procuraban reprenderlos en secreto, y en especial a los principales, porque la gente común no les perdiese el respeto y los tuviese en poco.

Por todas estas razones, los indios cobraron entrañable amor a los misioneros. El Padre Motolinía cuenta que en cierta ocasión fueron los indios a pedir al señor obispo don Sebastián Ramírez de Fuenleal, presidente de la 2a. Audiencia, que no les diesen otros frailes que los de San Francisco, porque los conocían y amaban, y eran de ellos amados. Como el presidente les preguntase por qué querían más a aquéllos que a otros, respondieron los indios:

"Porque éstos andan pobres y descalzos como nosotros, comen de lo que nosotros, asiéntanse entre nosotros, conversan entre nosotros mansamente" [27].

Cuando otras veces intentaron los franciscanos dejar algunos pueblos para que entrasen frailes de otras Ordenes, iban los indios llorando a decir: *"que si se iban y los dejaban, que también ellos dejarían sus casas y se irían tras ellos". "Y de hecho lo hacían y se iban tras los frailes* —dice Motolinía—; *esto yo lo vi por mis ojos"*.

Algunos de los doce fueron propuestos obispos, y renunciaron humildemente diciendo que no se hallaban dignos del cargo. Otros no admitieron ni siquiera que se les propusiese. Y quién sabe si hayan hecho bien o mal en renunciar porque, dice el mismo Motolinía, *"para esta nueva tierra y entre esta humilde generación convenía mucho que fueran los obispos como en la primitiva iglesia, pobres y humildes, que no buscaran rentas, sino ánimas, ni fuera menester llevar tras sí más de su pontifical, y que los indios no vieran obispos regalados, vestidos de camisas delgadas y dormir en sábanas y colchones y vestirse de muelles vestiduras, porque los que tienen ánimas a su cargo han de imitar a Jesucristo en humildad y pobreza, y traer su cruz a cuestas y desear morir en ella"* [28].

---

[27] Ib.
[28] Ib.

Cuenta el Padre Mendieta en su historia que a la hora de comer iban los frailes a la plaza o mercado y pedían por amor de Dios algunas tortillas de maíz y chile, y si les daban alguna frutilla, aquello comían.

Cuando tenían gallina la repartían en tantas comidas que apenas llegaban a gustar su sabor. El domingo cocían y comían el menudo; los otros cuatro días guisaban su cuartillo sin otra carne, y por la noche no cenaban porque ésta era costumbre general en la provincia.

En cuanto a vino, los padres antiguos siempre tuvieron por vicio beberlo, así por venir de España y valer caro, *"como también porque en esta tierra es fuego, y enciende el cuerpo demasiadamente"*. El Padre Francisco de Soto decía que el vino de esta tierra había de estar en las boticas, para darlo por medicina a los necesitados.

Fray Antonio de Ciudad Rodrigo, siendo guardián del convento de México, no quiso recibir una botija de vino que el santo obispo Zumárraga le enviara en una pascua para regalo de sus frailes. Al darle las gracias le dijo: que pues tanto amaba a sus frailes, le suplicaba no se los relajase ni pusiese en malas costumbres.

Otra vez Fray Martín de Valencia reprendió al mismo obispo porque en cierto viaje hizo llevar una bota de vino para dar un poco a los frailes.

A causa de la poca comida algunos religiosos *"vinieron a tanta flaqueza, que se caían de su estado andando visitando los caminos. Y alguno certificó de sí que todas las veces que tropezaba (que serían hartas) caía en el suelo, porque no tenía fuerza para hacer piernas"*.

VESTIDO Y CASA

En cuanto a ropa eran tan pobres los padres antiguos que uno de ellos contaba de sí mismo que teniendo ya el hábito que trajo

de España tan roto que no lo podía usar porque se le caía a pedazos, hizo que los niños de la escuela lo deshiciesen, y destorciesen el hilo hilado y tejido, y lo volviesen como pelo de lana. Y aquella lana la volvieron a hilar y tejer unas indias, como ellas tejen su algodón.

Todos los frailes que venían entonces de España no usaban más ropa que la que traían puesta, que se les acababa pronto, y no había sayal, ni de qué hacerlo.

El origen del color azul del hábito que usaron los franciscanos lo explica Alamán diciendo que como ni sayal ni lana tenían los misioneros para reparar sus hábitos consumidos en breve tiempo por los continuos trabajos y viajes, *"acudieron al laborioso expediente de hacer desbaratar por las indias el tejido de los hábitos viejos, cardar e hilar la lana de que estaban formados y tejer otros nuevos, y para darles un color más duradero, bajo el principio de que San Francisco no había determinado color ni forma para los hábitos de sus frailes, sino que sólo había recomendado que fuesen pobres y ordinarios, los hicieron teñir con el tinte más común que había, que era el añil"* [29].

Los estatutos hechos y guardados por los mismos Padres disponían, en cuanto a la santa pobreza, lo siguiente:

"Ordénase que todos los frailes de nuestra provincia, en su vestido usen de la tela que vulgarmente se llama sayal, y anden los pies desnudos. Y los que fueren necesitados podrán usar de sandalias con licencia de sus superiores... Item: los edificios que se edifican para morada de los frailes sean paupérrimos y conformes a la voluntad de nuestro padre S. Francisco; de suerte que los conventos de tal manera se tracen, que no tengan más de seis celdas en el dormitorio, de ocho pies en ancho y nueve de largo, y la calle del dormitorio a lo más tenga espacio de cinco pies en ancho, y el claustro no sea doblado, y tenga siete pies de ancho" [30].

[29] ALAMÁN, LUCAS, *Disertaciones*, T. II, disertación 7a.
[30] MENDIETA, *Historia*, cap. XXXI.

"Yo creo que después que la tierra se ganó —declara Motolinía—, *que fue el año de 1521, hasta el tiempo que esto escribo, que es en el año de 1536, más de cuatro millones de ánimas se bautizaron"* [31].

Cuando los frailes iban a visitar los pueblos, salían los indios al camino con los niños en los brazos y los enfermos a cuestas, y hasta a los viejos decrépitos sacaban para que los bautizaran.

En el primer año de la venida de los religiosos, fray Martín de Valencia, tomando a un compañero que sabía un poco de la lengua, visitó los pueblos de la *laguna dulce,* comenzando por Xochimilco y Coyoacán, donde halló a la gente ya reunida. Por escrito y con intérprete les predicaban, y luego bautizaban algunos niños. Los indios señores y principales delante de los frailes destruían sus ídolos, levantaban cruces y señalaban sitios para hacer sus iglesias.

Refiere el mismo Motolinía que entre los pueblos de la laguna el que más diligencia puso en llevar frailes y en destruir los ídolos fue Cuitláhuac, *"que es un pueblo fresco y todo cercado de agua, y de mucha gente"*. Había en este pueblo un indio principal que rogó mucho a Fray Martín que le bautizase, y vista su insistencia, fue bautizado con el nombre de Francisco. En México pidió también el bautismo un hijo de Moctezuma. A ejemplo de los principales, el pueblo acudía a ser bautizado, *"y los unos van rogando, otros importunando, otros lo piden de rodillas, otros alzando y poniendo las manos, gimiendo y encogiéndose, otros lo demandan y reciben llorando y con suspiros"*.

"Eran tantos los que se venían a bautizar que los sacerdotes bautizantes muchas veces les acontecía no poder levantar el jarro con que bautizaban por tener el brazo cansado, y de traer el jarro en las manos se les hacían callos y aun llagas. A un fraile aconteció que como hubiese poco que se había rapado la corona y la barba, bautizando en un gran patio a muchos indios, el sol ardía tanto, que le quemó toda la cabeza y la cara, de tal manera que mudó

[31] MOTOLINÍA, *Historia*, Trat. 2o., cap. II.

los cueros de la cabeza y del rostro. En aquel tiempo acontecía a un solo sacerdote bautizar en un día cuatro, y cinco, y seis mil; y en Xochimilco bautizaron en un día dos sacerdotes más de quince mil" [32].

En un principio el bautismo se administraba sólo con agua y las palabras sacramentales, sin óleo ni crisma, porque entonces no los había. Luego que vinieron frailes de otras órdenes se suscitaron vivas disputas acerca de la forma en que debía administrarse, y muchos sostuvieron que no era válido si no se daba con las ceremonias usadas en España. Una bula del Papa Paulo III vino a resolver las dudas declarando que *"los que bautizaron a esos indios convertidos a la fe de Cristo sin las ceremonias ni solemnidades que observa la Iglesia... no pecaron"*.

Usando de las concesiones del Papa, sólo un fraile administró la confirmación, antes de que hubiera obispos, y ése fue el Padre Motolinía [33].

Según la historia escrita por este misionero, el sacramento de la penitencia entre los indios comenzó el año de 1526, en la provincia de Texcoco, *"con mucho trabajo porque apenas se les podía dar a entender qué cosa era este sacramento"*.

Los que sabían escribir llevaban sus pecados puestos por escrito, con muchas particularidades y circunstancias. Como los confesores eran pocos, andaban los indios de un monasterio en otro buscando quién los confesara, y a veces caminaban 15 ó 20 leguas. Si en alguna parte hallaban confesores, *"luego hacían senda, como hormigas"*. Los que se confesaban restituían lo ajeno y perdonaban las injurias. Cuenta Mendieta que un indio confesó que tenía en cargo una manta; el confesor, queriendo probar el espíritu que traía, díjole que ya sabía que lo ajeno había de restituirse. Entonces el penitente se quitó la manta con mucha presteza, y quedando desnudo y puesto de rodillas dijo en su lengua: *"Ahora no tengo nada, ni debo, ni lo quiero"*.

A los principios no se dio la comunión a los indios, hasta que

[32] Ib., Trat. 3o., cap. III.
[33] Ib., cap. XL.

el Papa Paulo III los declaró capaces de ella, movido por la célebre carta que le dirigió el obispo de Tlaxcala, fray Julián Garcés, y en la asamblea que se celebró en México en 1539, considerada como el primer concilio mexicano, se declaró que se les debía administrar a los que estuviesen bien instruidos en la fe.

FUNDACION DE FAMILIAS CRISTIANAS

Podemos decir que fueron los misioneros franciscanos los fundadores de la familia indígena en México.

Sabido es que había poligamia entre los naturales. Motolinía refiere que *"había algunos que tenían hasta doscientas mujeres, y de allí abajo cada uno tenía las que quería; y para esto, los señores principales robaban todas las mujeres, de manera que cuando un indio común se quería casar apenas hallaba mujer; y queriendo los religiosos menores poner remedio a esto, no hallaban manera para lo hacer, porque como los señores tenían las más mujeres, no las querían dejar, ni ellos se las podían quitar, ni bastaban ruegos, ni amenazas, ni sermones para que dejadas todas se casasen con una en faz de la Iglesia"*.

El propio misionero declara que el primer matrimonio se celebró en Texcoco, en 1526, y fue don Hernando, hermano del señor de ese reino, quien se desposó pública y solemnemente. (Mendieta dice que el primero que en faz de la Iglesia se casó en esta Nueva España fue un mancebo principal de Huejotzingo, llamado don Calixto). Motolinía tuvo una vez que interrumpir la historia que estaba escribiendo para ir a Santa Ana Chiautempan y desposar 200 parejas. En Tzompantzinco un domingo se celebraron 450 matrimonios.

Para no errar ni quitar a nadie su legítima mujer, había en cada parroquia quien conocía a los vecinos, y los que se querían desposar iban con todas sus mujeres para que todas hablasen y alegasen en su favor, y el varón tomase la legítima mujer. *Era cosa de verlos venir* —dice el cronista— *porque muchos de ellos traían un hato de mujeres e hijos como de ovejas, y despedidos los pri-*

meros venían otros indios que estaban muy instruídos en el matrimonio y en la práctica del árbol de la consanguinidad y afinidad, a los que los españoles llamaban licenciados, y que referían a los frailes los impedimentos.

Después que se convirtieron, muchos de los indios no conocían otra mujer sino aquella con la que legítimamente se habían casado. Además, se apartaban del vicio de la embriaguez. Mendieta cuenta en su historia que un indio de más de ochenta años se fue a confesar y el confesor le preguntó, como era costumbre, si había fornicado o adulterado con alguna mujer. Respondió: *"Pasa adelante, padre, con tus preguntas, porque acerca de este artículo del adulterio, después que recibí cuando mozo el agua del santo bautismo, por la misericordia de Dios, ni he conocido otra mujer que la mía propia legítima, ni tampoco me he emborrachado"* [34].

VIAJES DE LOS DOCE

La acción apostólica de los doce no se limitó al valle de México; como ardían en deseos de propagar la fe por todas las nuevas tierras descubiertas, anduvieron caminos fragosos, visitaron pueblos lejanos y aun trataron, algunos de ellos, de cruzar mares para llevar el Evangelio a otros países, según veremos.

Entrado ya el año de 1525, supo el rey de Michoacán que habían llegado a México los doce predicadores franciscanos, vino en persona a verlos y pidió con mucha insistencia a fray Martín de Valencia que enviase uno de sus compañeros a enseñar la ley de Dios a sus vasallos.

El custodio le dio al padre Martín de Jesús, o de la Coruña, quien fue con otros dos o tres religiosos de los que después de los doce habían venido de España. Estos fundaron la cristiandad en Michoacán. El fruto de su trabajo se agostó con las tropelías de Nuño de Guzmán.

Entre los seguidores de fray Martín de Jesús no está por demás

[34] Ib., cap. XLIV.

mencionar aquí a fray Antonio de Segovia. Vino este hombre apostólico a la edad de 40 años y trabajó otros 40 en la conversión de los indios. Siendo ya muy viejo perdió la vista, lo que tuvo por gran regalo. Así solía decir: *"No vi hasta que cegué"*. No dejó por esto de trabajar, predicando, confesando y peregrinando. *"Yo lo ví* —dice Mendieta— *en un capítulo que tuvimos en la ciudad de Guaxocingo, que vino de más de 100 leguas a pie, así ciego como estaba"*.

El Padre Motolinía hizo varios viajes a Guatemala y fue hasta Nicaragua, según diremos al hablar particularmente de él.

Fray Martín de Valencia, después de haber predicado y enseñado en México por espacio de ocho años, quiso ir a otras ciudades y tierras. En efecto, con varios de sus compañeros fue a Tehuantepec con el propósito de embarcarse en una de las expediciones de Cortés al mar del sur. Esperó los navíos siete meses, y como no estuviesen listos, tuvo al fin que regresar, dejando allí tres de sus compañeros.

Otros dos de los doce, fray Juan de Suárez y Juan de Palos, lego, determinaron ir en otra armada que Pánfilo de Narváez llevaba a la Florida, *"y sin aprovechar cosa alguna, murieron en aquella tierra, también de pura hambre, con otros españoles"*.

Fray Luis de Fuensalida, el que aprendió la lengua de los indios mejor que ninguno de sus compañeros, después de haber sido custodio volvió a España con el intento de pasar a Africa para predicar a los moros, que no logró.

En resumen, y por una razón u otra, los primeros doce no salieron adelante con sus intentos de nuevas misiones, *"pues no quiso Dios* —apunta Mendieta— *que de los doce que él había escogido para principio y fundamento de esta conversión, alguno de ellos se ocupase en otra empresa"*.

MAESTROS DE LOS INDIOS

Los religiosos, además de enseñar a los indios a leer, escribir, cantar y algunas otras cosas de la iglesia, pusieron diligencia y

cuidado en que aprendiesen los oficios mecánicos y las artes que la industria humana tenía inventadas.

El indio —alma de artista— creó belleza, bajo el magisterio de los antiguos religiosos.

Enseñado por el religioso, el indio labró esas maravillosas piedras de las iglesias franciscanas que sonríen —todavía— en el aire transparente del valle de México. Así fue surgiendo, en arquitectura, ese estilo peculiar que es el barroco mexicano.

Eran grandes escultores de cantería —nos dice el cronista— que labraban cuanto querían en piedra, con guijarros o pedernales tan primorosamente como en Castilla los buenos oficiales con escodas y picos de acero.

Pintores —sigue diciendo el Padre Mendieta— había muy buenos que reproducían aves, animales, árboles, mas los hombres no los pintaban hermosos sino feos, como a sus propios dioses. Mas después que fueron cristianos y vieron las imágenes de Flandes y de Italia, no había retablo, por hermoso que fuera, que no lo copiaran.

El primer colegio de artes y oficios para los indios que hubo en la Nueva España fue la capilla de San José, contigua al monasterio de San Francisco, que tuvo a su cargo fray Pedro de Gante, primero y principal maestro de los indios.

Este fraile los hacía ejercitar primero en los oficios más comunes, como de sastres, zapateros, carpinteros, y luego en los de mayor técnica.

Los indios aprendieron los oficios más pronto de lo que los oficiales españoles quisieran, porque éstos pensaban que como no había otros de su oficio, habrían de ganar mucho dinero vendiendo sus artefactos; pero los indios, con la viveza de su ingenio, aprendían pronto y resultaban competidores.

Un batidor de oro, el primero que vino, pensó encubrir su habilidad, y decía que eran necesarios 6 ó 7 años para saber lo que él sabía. Mas los indios, observando disimuladamente las operaciones del artesano, antes de un año sacaron oro batido.

De la misma manera aprendieron a hacer guadamaciles, fuslas, campanas *"chicas y grandes, muy limpias y de buena voz y sonido"*.

El Padre Motolinía alaba el ingenio de los indios diciendo:

"El que enseñó al hombre de ciencia, ese mismo proveyó y dió a estos indios naturales grande ingenio y habilidad para aprender todas las ciencias, artes y oficios que les han enseñado, porque con todos han salido en tan breve tiempo, que en viendo los oficios que en Castilla están muchos años en los deprender, acá en solo mirarlos y verlos hacer, han quedado muchos maestros. Tienen el entendimiento vivo, recogido y sosegado, no orgulloso y derramado como otras naciones" [35].

ENSEÑANZA DE LAS LETRAS

Cuando se declama contra la conquista española —y todos los mexicanos hemos oído desde nuestra niñez esas declamaciones, pues son parte de la educación que recibimos en la escuela— se escamotea este dato importantísimo: que las naciones dominadoras sólo se han ocupado del indígena para explotarlo o exterminarlo, y que sólo España —a través de sus misioneros— se ocupó de él para educarlo y elevarlo a los niveles más altos de cultura.

En nuestros tiempos se han ensayado muchos sistemas para redimir al indio de su ignorancia. A propósito de esto, Vasconcelos ha dicho: *"No creo que sea posible ni atinada una labor educativa que no tome en cuenta el sistema de los misioneros, sistema cuyos resultados no sólo no se han podido superar, pero ni siquiera igualar. La educación pública, como esfuerzo organizado y sistemático, se inicia en el continente americano con el trabajo de los misioneros católicos. Lo menos que se puede decir del sistema educativo de los misioneros, es que constituyó un esfuerzo cabal"* [36].

Los misioneros no tenían necesidad de aparatosas teorías pedagógicas. *"Para la tarea de enseñar al indio* —dice un escritor—

---

[35] MOTOLINÍA, *Historia*, Trat. 3o., cap. XII.

[36] VASCONCELOS, JOSÉ, *Indología*, p. 141.

hace falta menos pedagogía, pero más fe, más amor a los hombres y más amor a Dios. Esa labor es más fácil realizarla en nombre de Cristo que en el de Pestalozzi" [37].

Fácil y fecunda fue, ciertamente, la tarea educativa de los misioneros.

En breve tiempo enseñaron a los indios a leer y a escribir. Así lo demuestra el testimonio de uno de los que participaron en ese trabajo, el Padre Motolinía:

"Deprendieron a leer brevemente, así en romance como en latín... Apenas hay carta en su lengua de muchas que unos a otros se escriben que, como los mensajeros son baratos, andan bien espesas; todos las saben leer, hasta los que ha poco se comenzaron a enseñar.

"Escribir se enseñaron en breve tiempo, porque en pocos días que escriben luego contrahacen la materia que les dan sus maestros..." [38].

Otro testimonio es el de Mendieta, quien dice: *"El escribir se les dio con mucha facilidad, y comenzaron a escribir en su lengua y entenderse y tratarse por cartas como nosotros, lo que antes tenían por maravilla que el papel hablase y dijese a cada uno lo que el ausente le quería dar a entender"* [39].

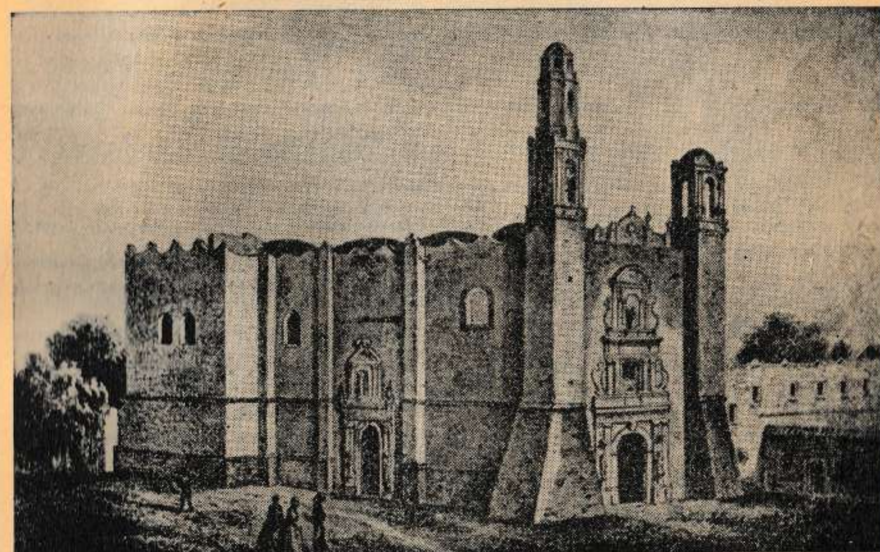
Cuentan estos cronistas que al segundo año de comenzada la enseñanza dieron por muestra a un muchacho de Texcoco una bula, y la reprodujo tan bien que la letra que hizo parecía del mismo molde.

Luego aprendieron a escribir en toda clase de letras, chicas y grandes, griegas y góticas, y los religiosos les ayudaron a perfeccionarse porque los ocupaban en escribir libros y tratados que componían o traducían del latín o del español a la lengua de los mismos indios.

[37] SIERRA, VICENTE D., *op. cit.*, p. 79.
[38] MOTOLINÍA, *Historia*, Trat. 3o., cap. XII.
[39] MENDIETA, *Historia*, lib. IV, cap. XIV.

Fray García de Cisneros, uno de los doce, fue el encargado de instituir el colegio para niños indígenas de Santa Cruz de Tlaltelolco, cuya fundación principalmente se debió al señor obispo Zumárraga, aunque generalmente se atribuye a don Antonio de Mendoza [40].

La inauguración de este plantel (6 de enero de 1536) se hizo "con mucha autoridad" porque concurrieron a la ceremonia el vi-



Exterior de Santiago Tlaltelolco.

rrey Mendoza, el obispo de México y el de Santo Domingo, don Sebastián Ramírez de Fuenleal, que había sido presidente de la 2a. Audiencia y que todavía estaba en México.

Las clases comenzaron con 60 estudiantes, escogidos entre los mejores discípulos de la escuela del convento principal. A fines del año siguiente había 70; los obispos querían que subieran a 300.

Estos niños colegiales fueron allí creados y doctrinados con mu-

[40] GARCÍA ICAZBALCETA, JOAQUÍN, *op. cit.*, cap. XIX.

cho cuidado. Comían todos juntos como frailes en su refectorio, que lo tenían muy bueno. Su dormitorio era una pieza larga, las camas de una parte y de otra, sobre unos estrados de madera. Cada uno tenía su frazada y estera, "que para indios es cama de señores", y cada uno su cajuela con llave para guardar sus libros y ropilla.

Toda la noche tenían lumbre en el dormitorio y guardas que miraban por ellos, así para la quietud y el silencio como para la honestidad.

Tuvieron estos afortunados muchachitos indios, notables y gravísimos maestros. En latinidad —después de fray Arnaldo de Bassacio, francés, docto, y gran lengua— al eminente fray Bernardino de Sahagún, escritor insigne, padre de los indios, que gastó su vida entera en doctrinarlos. Otros maestros fueron fray Andrés de Olmos, fray Juan de Gaona, fray Francisco de Bustamante y fray Juan Focher, todos ellos excelentísimos.

Pero *"como ninguna cosa hay en el mundo, por buena y provechosa que sea, que deje de tener contradicción"*, este colegio la tuvo, y vino de aquellos españoles que más miraban por su bien que por el de los indígenas. Se opusieron estos contradictores, primeramente, a que se enseñara latín porque, en su opinión, de ninguna utilidad era a la república, y el saberlo podría ocasionar herejías y errores. Los padres demostraron la falsedad de estas razones y el latín se siguió enseñando.

El verdadero motivo de la contradicción era el temor de que la raza indígena se igualase en cultura a los dominadores. El punto de vista contrario está expresado en las siguientes palabras de oro, escritas por un sucesor de los doce, el cronista fray Jerónimo de Mendieta:

Si Dios nos sufre a los españoles en esta tierra, es por el ejercicio que hay de la doctrina y aprovechamiento espiritual de los indios, y que faltando esto, todo faltaría y acabaría. Porque fuera de esta negociación de las ánimas (para lo cual quiso Dios descubrirnos esta tierra) todo lo demás es cobdicia pestilencial y miseria de mal mundo [41].

[41] Mendieta, *Historia*, lib. IV, cap. XV.

Los frutos del Colegio de Santa Cruz fueron abundantes. Algunos alumnos —como don Antonio Valeriano— llegaron a ocupar cátedras en el colegio y enseñaron a los mismos religiosos jóvenes. Los oyentes eran españoles o criollos, y la raza indígena daba maestros a la conquistadora, hecho histórico digno de meditación, como propone el Padre Cuevas.

Jerónimo López, consejero del virrey, enemigo del colegio, da fe de que los indígenas diéronse a aprender gramática con tanta solicitud *"que había mochachos y hay de cada día más, que hablan tan elegante el latín como Tulio"* [42].

Refiere Mendieta que un sacerdote, que no entendía palabra de latín, tenía mala opinión de los indios, y no podía creer que supieran la doctrina cristiana, ni aun el *Pater noster*. Lo quiso probar y fue con uno de los colegiales, sin saber que era latino. Preguntóle si sabía el *Pater noster*, respondió el muchacho que sí y lo recitó. No contento con esto, le mandó decir el Credo. Cuando el muchacho pronunció *Natus ex Maria Virgine*, el clérigo le enmendó diciendo *Nato ex Maria Virgine*. Insistió el colegial en decir *natus*, y el clérigo que *nato*. El estudiante recurrió entonces a su gramática para demostrar que no tenía razón de enmendarle, y preguntó, hablando en latín: *Reverende pater, nato, cujus casus est?* Y como el clérigo no supiese tanto como eso, ni cómo responder, hubo de ir confuso y afrentado, cuando había pensado afrentar al prójimo.

Además de religión y buenas costumbres se enseñaba a los muchachitos indios en el Colegio de Santa Cruz retórica, filosofía, música y medicina mexicana.

Prosperó el colegio durante el gobierno del virrey Mendoza, y no le protegió menos don Luis de Velasco; pero no halló igual favor en sus sucesores.

[42] *Carta a Carlos V de 20 de oct. 1541.*

Ensombrecida tenía el alma indígena la religión precortesiana, con sus lúgubres festividades de sangre, de alcohol y de muerte; los misioneros la bañaron en luz al revelarle la magnífica belleza del arte cristiano.

Al tercer año de venidos los doce comenzaron a imponer a los indios en el canto, *y algunos se burlaban de ello* —dice Motolinía— *porque parecían desentonados y tener flacas voces; y en la verdad no las tienen tan recias ni tan suaves como los españoles, y creo que lo causa andar descalzos y mal arropados los pechos, y ser las comidas tan pobres.*

El primero que les enseñó el canto fue un venerable sacerdote viejo, llamado fray Juan Caro, que sin saber palabra de la lengua de los indios ni éstos de la española, se estaba todo el día explicándoles las reglas del canto. Los muchachos con la boca abierta le miraban y oían tratando de entenderle. Esta escena daba mucha risa a los demás frailes. Pero como *"el Señor se agrada de los corazones sencillos y llanos"*, el viejo padrecito, sin intérprete, enseñó a los muchachos el canto, y muchos de ellos salieron buenos cantores y maestros de capilla.

La primera cosa que aprendieron y cantaron los indios fue la misa de Nuestra Señora que comienza en el introito *Salve, Sancta parens.*

No había pueblo de cien vecinos que no tuviese cantores que oficiaran las misas. Ni había aldehuela que dejara de tener siquiera tres o cuatro indios que cantasen cada día en su iglesia.

Los primeros instrumentos de música que hicieron y usaron fueron flautas, luego vihuelas de arco, y más tarde cornetas. Finalmente, no había género de música sacra que los indios no conociesen. Ellos mismos labraban después sus instrumentos.

"Una cosa puedo afirmar con verdad —dice el Padre Mendieta—: *que en todos los reinos de la Cristiandad no hay tanta copia de flautas, chirimías, sacabuches, orlos, trompetas y atabales, como en solo este reino de la Nueva España. Organos también los tienen todas cuasi las iglesias donde hay religiosos, y aunque los indios no toman el cargo de hacerlo, sino maestros españoles, los indios son los que labran lo que es menester para ellos, y los mismos indios los tañen en nuestros conventos".*

También labraban los naturales aquellos instrumentos usados para alegrar las fiestas profanas, como rabeles, guitarras, cítaras, arpas. Y algo más: a los pocos años de haber aprendido el canto, comenzaron a componer villancicos y algunas misas.

La educación, pues, que el misionero dio al indio fue cabal. No sólo lo apartó de su sórdida idolatría y le trajo al conocimiento del verdadero Dios; no sólo le enseñó a leer y a escribir y le habilitó para ejercer todos los oficios mecánicos, sino que iluminó su alma con el esplendor del arte cristiano y la elevó a Dios por medio del canto y de la música.

REPRESENTACIONES TEATRALES

Otro medio empleado por los franciscanos para instruir a los indios fueron las representaciones teatrales, que en variadísimas formas se extendieron por todo el reino *"y vinieron a ser la animación de la tierra y un elemento de alegría para esta pobre raza tan profundamente triste".*

He aquí el relato de una representación, hecho por un franciscano anónimo a su prelado fray Antonio de Ciudad Rodrigo:

"Los tlaxcaltecas determinaron de representar la conquista de Jerusalén. Teníanla hecha en cinco torres; la una, del homenaje, en medio, mayor que las otras, y las cuatro, a los cuatro cantos; estaban cercadas de una cerca muy almenada, y las torres también muy almenadas y galanas, de muchas ventanas y galanes arcos, todo lleno de rosas y flores.

"Iba en la vanguardia, con la bandera de las armas reales, la gente del reino de Castilla y de León, y la gente del capitán general, con su bandera de sus armas.

"En la vanguardia iban Toledo, Aragón, Galicia, Granada,

Vizcaya y Navarra. En la retaguardia iban Alemania, Roma e italianos. Iban de cinco en cinco en hilera, a paso de tambores.

"Luego entró por la parte contraria el ejército de la Nueva España, repartido en diez capitanías, cada una vestida según el traje que ellos usan en la guerra; éstos fueron muy de ver. Sacaron sobre sí lo mejor que todos tenían de plumajes ricos, divisas y rodelas, porque todos cuantos en este auto entraron, todos eran señores principales.

"En buena orden se fueron derechos a Jerusalén, y como el soltán los vio venir, que era el marqués del Valle don Hernando de Cortés (por supuesto, figurado) mandó salir su gente al campo para dar la batalla. Tocada el arma de ambas partes, se juntaron y pelearon con mucha grita y estruendo de trompetas, tambores y pífanos, y comenzó a mostrarse la victoria por los españoles.

"Sabida la necesidad en que Jerusalén estaba, vínole gran socorro de la gente de Galilea, Judea, Samaria, Damasco y de toda la Siria, con mucha provisión de municiones, con la cual los de Jerusalén se alegraron y regocijaron mucho, y tomaron tanto ánimo que luego salieron al campo. Pelearon valientemente, hasta que finalmente la gente de las Islas comenzó a aflojar...

"Esto hecho, por una parte de la plaza entró el emperador, y con él el rey de Francia y el rey de Hungría, con sus coronas en las cabezas...

"Como los españoles se vieron por dos veces retraídos, y que los moros los habían encerrado en su real, pusiéronse todos de rodillas hacia donde estaba el Santísimo Sacramento, demandándole ayuda, y lo mismo hicieron el Papa y cardenales.

"Estando todos puestos de rodillas, apareció un ángel en la esquina de su real, el cual consolándolos dijo: 'Dios ha oído vuestra oración, y le ha placido mucho vuestra determinación que tenéis de morir por su honra y servicio en la demanda de Jerusalén, y para más seguridad os enviará Dios a vuestro patrón el Apóstol Santiago'.

"En esto entró Santiago en su caballo blanco como la nieve y él mismo vestido como lo suelen pintar; y como entró en el real

de los españoles, todos le siguieron y se fueron contra los moros que estaban delante de Jerusalén, los cuales, sintiendo gran miedo, dieron a huír, y cayendo algunos en el campo, se encerraron en la ciudad; y luego los españoles los comenzaron a combatir, andando siempre Santiago en su caballo dando vueltas por todas partes.

"Después de recios combates terminó con el triunfo final de los ejércitos aliados de españoles y mexicanos".

"*¿No era esto* —pregunta el Padre Cuevas— *instrucción pública? ¿No eran éstas prácticas y utilísimas cátedras de historia, geografía, heráldica, indumentaria, estrategia, retórica y poética, y en general, verdadera cultura?*"

"¡OH, MEXICO, LOS ANGELES SON EN TU AYUDA..!"

La milicia de los doce Caballeros de la Pobreza ganó la guerra al Enemigo de México y del hombre.

Y Motolinía —uno de los esforzados Caballeros— cantó la victoria con estas bellas palabras:

¡Oh, México, ahora con razón volará tu fama porque en ti resplandece la fe y el Evangelio de Jesucristo! Tú que antes eras maestra de pecados, ahora eres enseñadora de verdad; y tú que antes estabas en tinieblas y oscuridad, ahora das resplandor de doctrina y cristiandad.

Más te ensalza y engrandece la sujeción que tienes al invictísimo César don Carlos, que el tirano señorío con que otro tiempo a todos querías sujetar.

Eras entonces una Babilonia, llena de confusiones y maldades; ahora eres otra Jerusalén, madre de provincias y reinos.

Andabas e ibas a do querías, según te guiaba la voluntad de un idiota gentil, que en ti ejecutaba leyes bárbaras; ahora muchos velan sobre ti, para que vivas según leyes divinas y humanas.

Otro tiempo con autoridad de príncipe de las tinieblas, anhelando amenazabas, prendías y sacrificabas, así hombres como mujeres, y su sangre ofrecías al demonio en cartas y papeles.

Ahora con oraciones y sacrificios buenos y justos adoras y confiesas al Señor de los Señores.

¡Oh, México! Si levantases los ojos a tus montes, de que estás cercada, verías que son en tu ayuda y defensa más ángeles buenos que demonios fueron contra ti en otro tiempo, para te hacer caer en pecados y yerros [43].

¡Oh, México —agreguemos nosotros— el secreto de tu dicha está en ser fiel al espíritu que infundieron en ti nuestros Padres!

Que la luz de las Doce Antorchas que alumbraron tu alma no se extinga jamás, para que se pueda decir siempre de ti que resplandeces en la fe y el Evangelio de Jesucristo.

[43] Motolinía, *Historia*, Trat. 3o., cap. VI

SEMBLANZAS DE LOS DOCE

Fray Martín de Valencia

NACIO ESTE BUEN VARON, caudillo de los Doce, en la villa de Valencia de Don Juan, situada entre la ciudad de León y la villa de Benavente, hijo de padres honrados.

Acerca de sus primeros años nada hay escrito, *"porque él era tan humilde y despreciado, y tan señor de su lengua, que nunca trataba pláticas infructuosas, y menos tocantes a su propia persona"*.

Tomó el hábito de San Francisco en el convento de Mayorga, provincia de Santiago. Tuvo por maestro al padre fray Juan de Argomanes, que después fue provincial en la misma provincia de Santiago.

Siendo novicio leyó el libro de las conformidades de San Francisco y comenzó entonces a gustar y conocer la virtud de la pobreza, y a concebir ferviente celo de ella.

Luego que cantó Misa fue creciendo en virtud; *"porque además de lo que yo ví en él* —dice su compañero Motolinía—, *porque le conocí por más de veinte años, oí decir a muchos buenos religiosos que en su tiempo no habían conocido religioso de tanta penitencia, ni que con tanto tesón perseverase siempre en allegarse a la cruz de Jesucristo"*.

Como era amigo de soledad y recogimiento, procuró licencia para morar en el convento de Santa María del Hoyo, casa muy apartada de conversación con seglares. Aquí sufrió muchas tentaciones. Comenzó a tener en su espíritu gran sequedad y dureza; aborrecía el yermo; los árboles le parecían demonios; no podía ver a los frailes con amor y caridad; cuando se ponía a orar hacíalo

con gran pesadumbre; parecíale que cuando celebraba misa, no consagraba, y no quería ya celebrar, ni podía comer.

Con estas tentaciones enflaqueció mucho, *"que no parecía tener sino los huesos y el cuero"*. Un día que fue a pedir pan a un lugar llamado Robleda, a 4 leguas del convento, alguien al verle tan flaco y debilitado, le dijo: "¡Ay, padre! ¿Y vos qué tenéis? ¿Cómo andáis que parece que queréis expirar de flaco; y cómo no miráis por vos, que parece que os queréis morir?"

Como quien despierta de un pesado sueño, así comenzó a abrir los ojos del entendimiento, y a pensar cómo no comía casi nada, y dijo: "Verdaderamente ésta es tentación de Satanás".

De ahí adelante comenzó a comer, *"y quedó avisado para sentir los lazos y astucias del demonio"*.

Después que fue librado de aquellas tentaciones quedó con una grande paz. Se gozaba en el yermo, y los árboles, que antes aborrecía, con las aves que en ellos cantaban, le parecían un paraíso. De allí le quedó la afición a plantar arboledas, y cuando fue prelado a todos rogaba que sembrasen árboles.

Deshechos los nublados de la imaginación, le trajo Dios a un amor entrañable del prójimo, tanto, que por el amor general de las almas, vino a desear el martirio y pasar entre los infieles a convertirlos.

Una noche, estando en maitines en tiempo de Adviento, la lectura del salmo que empieza *Eripe me de inimicis meis, Deus meus,* donde se repite aquel verso: convertirse han a la tarde, y padecerán hambre como perros, le aumentó ese deseo. Decía hablando consigo mismo: ¿Cuándo se cumplirá esta profecía? ¿Cuándo se llegará esta tarde? ¿No sería yo digno de ver este convertimiento, pues ya estamos en las vísperas y fin de nuestros días, y en la última edad del mundo?

Acabados los salmos, no siendo él semanero en los oficios, ni cantor, le encomendaron que dijese las lecciones, que eran del profeta Isaías, a propósito de la conversión de las gentes. Al leer-



Fray Martín de Valencia O. F. M.

las en el púlpito vio una gran multitud de infieles que se convertían a la fe, y venían como desalados a recibir el bautismo.

Como hombre loco y fuera de sí, comenzó a dar voces diciendo: "Loado sea nuestro señor Jesucristo". Los religiosos, viéndole como atónito y embriagado, pensando que enloquecía, lleváronlo a una celda y claváronle la ventana. El varón de Dios quedó en la celda absorto hasta otro día, que volvió en sí. Tornó a pensar en la visión que había tenido, y rogó a Dios se la dejase ver con los ojos del cuerpo. El Señor se lo concedió porque diversas veces vio multitud de indios pedir el bautismo.

Después de ese rapto, inflamado en mayor caridad y amor del prójimo, comenzó a procurar la ida entre infieles, y rogaba a sus amigos que encomendasen al Señor cierta jornada que pensaba hacer.

En ese tiempo, una persona muy espiritual tuvo revelación que cuando fuese oportuno el Señor llamaría a fray Martín, y envióle a decir: "Hermano, estad seguro y cierto que cuando fuere tiempo convenible Dios os llamará sin que lo procuréis".

Doce años después el ministro general fray Francisco de los Angeles lo eligió para que viniese a la Nueva España al negocio de la conversión de las gentes indianas.

El año de 1518 se erigió en provincia la custodia de San Gabriel y fue electo provincial fray Martín de Valencia, que la gobernó con mucha humildad y penitencia. Siempre traía cilicio y muchos días ayunaba. Echaba ceniza en la comida, y si el platillo era sabroso, vertía agua por salsa, acordándose de la hiel y vinagre que dieron a Jesucristo.

Iban muchos frailes y buenos religiosos a la provincia de San Gabriel, por su buena fama, y fray Martín los recibía con entrañas de amor. Cuando celebraba capítulo y tenía que oír las culpas de los otros, primero se acusaba a sí mismo delante de todos, por dar ejemplo de humildad. Luego tomaba su sitio de prelado y todos decían sus culpas, según es costumbre en las religiones, y fray Martín reprendía caritativamente. En seguida hablaba, ya de la virtud de la pobreza, ya de la obediencia y humildad, ya de la oración.

Regía la provincia de San Gabriel, siempre con el deseo de pasar a los infieles, cuando al fin lo vio cumplido. El año de 1523 el ministro general fray Francisco de los Angelés hizo capítulo en el monasterio de Belvis, y llamó a fray Martín de Valencia, al que informó de cómo esta tierra de la Nueva España había sido descubierta y ganada por Hernán Cortés, y de la muchedumbre de gentes que esperaba ser convertida. Díjole fray Francisco que él mismo había determinado venir y que su elección por General de la orden había impedido su venida; por tanto, que le rogaba que él pasase con doce compañeros, y que confiaba que sería grande el convertimiento de gentes.

Es de suponer qué gozo y alegría recibió fray Martín con tal nueva, por él tan deseada, y aceptó luego la venida, y lo más brevemente que a él fue posible escogió doce compañeros. (De los doce escogidos vinieron once. El número se completó con Fray Martín).

Cuando vino, fray Martín ya no era joven: tenía 50 años, y en todo el viaje padeció mucho trabajo. Como buen caudillo siempre iba delante, y no quería tomar para su necesidad más que sus compañeros, por no dar materia de relajación.

Ya en la Nueva España, fray Martín trabajó mucho en aprender la lengua de los indios, pero como era persona de edad y tantas sus ocupaciones, no llegó a aprenderla, aunque conoció los vocablos indispensables para hacerse entender.

Su ejercicio más ordinario entre los indios era enseñar a leer a los niños, desde el *a, b, c,* hasta romance y latín, y la doctrina cristiana, haciéndoles por medio de intérpretes muchas pláticas saludables. Y porque no podía predicar en la lengua de los indios, se alegraba mucho cuando otros predicaban y poníase junto a ellos a orar mentalmente y a rogar a Dios que enviase su gracia al predicador y a los que le oían.

Después de dar lección a sus niños, cantaba con ellos himnos, y enseñábalos a rezar en cruz, levantados y abiertos los brazos, por

espacio de siete padres nuestros y siete ave marías. (He aquí el origen de una costumbre que todavía se observa en las iglesias mexicanas).

Con los españoles que gobernaban la tierra pasó el varón de Dios innumerables trabajos y aflicciones por defender la inmunidad de la Iglesia, a cuyos mandamientos ellos no obedecían, y también por irles a la mano en los agravios y vejaciones que hacían a los indios.

Por esta razón tomaron tanto odio y rencor a fray Martín y sus compañeros, persiguiéndoles en cuanto podían y levantándoles falsos testimonios, hasta que descubierta la malicia de los perseguidores, fueron castigados.

Fray Martín se ligó en estrecha amistad a otros dos varones extraordinarios de su tiempo: fray Juan de Zumárraga y el dominico fray Domingo de Betanzos. Unidos los tres por el celo de la salvación de las almas, acordaron ir en misión a China, antes de que se supiese si la navegación podía hacerse o no. El primero que lo intentó fue Fray Martín, quien tuvo revelación de la existencia de innumerables gentes por las partes del Poniente. Dos veces trató de embarcarse y no pudo hacerlo, *"pues Dios no quiso que fuese a buscar otras gentes porque su vocación era la conversión de los naturales de la Nueva España"*.

Desde el domingo de Pasión hasta la Pascua sufría profundamente la Pasión del Hijo de Dios. Viéndole en este tiempo muy flaco y debilitado, le preguntó un fraile: "Padre, ¿estáis mal dispuesto? Si no es enfermedad, dígame vuestra reverencia la causa de su flaqueza". Respondió: "Creedme, hermano, pues me compeléis a que os diga la verdad, que desde la domínica de Pasión hasta la Pascua siente tanto mi espíritu que no lo puedo sufrir sin que exteriormente el cuerpo lo muestre como veis".

Por mucho que huía del mundo y de los frailes, para dedicarse a la contemplación, a veces no le valía esconderse porque como colgaban de él tantos negocios, no le dejaban. Frecuentemente estaba arrobado. A los que hablaban con él les respondía como quien despierta de un pesado sueño. Al comunicarse con los frailes parecía que no oía ni veía, porque sus sentidos estaban ocupados en Dios.

Era tan enemigo de su cuerpo, que apenas le dejaba tomar lo necesario, así de sueño como de alimento.

En las enfermedades, con ser ya viejo, no quería más cama que un colchón o una tabla, ni beber un poco de vino, ni tomar medicinas.

Cuéntase que en cierta ocasión Antonio de Nava, alcalde del pueblo de Tlalmanalco, entró descuidadamente en la celda de fray Martín y lo halló en oración, elevado sobre la tierra. Hernán Cortés que lo visitaba muy a menudo, afirmaba haber visto lo mismo. Y fray Bernardino de Sahagún, que vino a la Nueva España cinco años después de los primeros doce, refiere que siendo él conventual en Tlalmanalco, fue a visitar fray Martín aquella casa y se apartó a orar a un rincón del coro. Como era fama que se arrobaba en la oración, fray Bernardino quiso ir a ver cómo estaba, y llegando al lugar no vio sino una claridad que lo encandiló y cegó.

Vivió el siervo de Dios fray Martín de Valencia en esta Nueva España diez años, de los cuales seis fue provincial y cuatro guardián de Tlaxcala. El edificó un monasterio, y le llamó de la Madre de Dios.

Cuando por su voluntad dejó de tener oficio eligió para retiro el dicho pueblo de Tlalmanalco, cercano a Amecameca, "que es casa muy quieta y aparejada para orar". Entre los árboles que rodeaban el convento había uno muy grande, a cuya sombra iba fray Martín a orar por la mañana, y cuando allí se ponía a rezar, el árbol se henchía de aves, cuyo canto alegraba el alma del buen fraile. Al retirarse él; se iban también las aves, y desde que murió nunca más se volvieron a juntar de aquella manera. Dice la crónica que en la ermita de Amecameca aparecieron a fray Martín San Francisco y San Antonio y le certificaron que era hijo de salvación.

A fray Martín le fue revelado que moriría en el campo, y no en cama, y él entendió que moriría mártir. Por eso, visto que aquí no podía conseguir la palma del martirio porque los indios sin dificultad alguna recibieron la fe, intentó pasar a China. Fue con

esta idea de embarcarse (como ya hemos dicho) a Tehuantepec, y este viaje de ida y vuelta lo hizo a pie y descalzo. Llegó a México muy fatigado y enfermo de una pierna. Por ser tiempo de cuaresma cuando vino, nunca se le convenció de que usara sandalias, y anduvo descalzo, la pierna arrastrando y los pies chorreando sangre.

A poco tiempo de llegado, "llegósele la muerte debida, que todos debemos". Un día dijo a su compañero: "Ya se acaba", a lo cual preguntó el compañero: ¿Qué, padre? Calló el siervo de Dios, y luego dijo: "La cabeza me duele". Como su mal se agravara, acordaron sus compañeros llevarlo de Tlalmanalco a la enfermería de México. Puesto en camino, y llegados con él al embarcadero de Ayozingo, lo metieron en una canoa para llevarlo por la laguna. Apenas entró en ella cuando sintió sed ya llegada la hora, y mandó que lo llevasen a tierra para ponerse de rodillas. Estando así, dijo a su compañero fray Antonio Ortiz: "Hermano, *fraudatus sum a desiderio meo*", "defraudado he quedado de mi deseo", queriendo decir que no había alcanzado el martirio que siempre deseó. Dicho esto, expiró, el domingo de Pasión, 21 de marzo de 1534, a los 60 años de edad.

Volvieron los compañeros su cuerpo al monasterio de Tlalmanalco, y lo enterraron, puesto en un ataúd de madera, en medio de la capilla mayor, cubierto con una lápida grande, escrito en ella su nombre.

Estuvo el santo cuerpo por 30 años —hasta que se perdió— entero e incorrupto. La sepultura fue abierta muchas veces para que lo vieran los religiosos que iban al convento con ese solo objeto. Mas desde el año de 1577 desapareció, *"y entiendo —dice* el Padre Mendieta— *que fue permisión divina el haberse totalmente perdido, porque demasiada curiosidad, o por mejor decir, tentación, era andar enterrando y desenterrando tantas veces un cuerpo que era tenido en reputación de santo, y así en pena de esta irreverencia quitó Nuestro Señor tan santa prenda de aquel convento y la tiene guardada donde su Majestad sabe y es su voluntad, para cuando sea tiempo de manifestarse".*

El mismo fray Jerónimo de Mendieta confiesa que él cayó en la tentación de mirar el cuerpo, y fue el primero en echarlo de menos, pues al abrir la sepultura no hallaron ni indicio de él, sino algunas astillas o briznas de madera. Se hizo diligente inquisición sobre los indios y nada se pudo averiguar.

Cuéntanse varios milagros obrados por este santo religioso. *"Hanme dicho* —refiere Motolinía— *que resucitó un muerto, y que sanó una mujer enferma que con devoción le llamó, y que un fraile que era afligido de una recia tentación fue por él librado; y otras muchas cosas, las cuales, porque de ellas no tengo bastante certidumbre, ni las creo ni las dejo de creer, más de que como amigo de Dios, y que piadosamente creo que le tiene en su gloria, le llamo e invoco su ayuda e intercesión".*

Si México fuese un país libre y agradecido, cuánto veneraría la memoria de este santo fraile civilizador. Habría en la calle principal de la ciudad de México una estatua que lo representara enseñando a leer a los niños indios. Y el recuerdo constante de su lección de amor haría a los mexicanos un poco mejores.

Fray Toribio Motolinía

NACIO EN LA VILLA DE BENAVENTE —de ahí su nombre—, en el reino de León. Se ignora el año de su nacimiento y el de su admisión en la Orden. Sólo se sabe que tomó el hábito en la Provincia Seráfica de Santiago, como todos sus compañeros de apostolado, según lo afirma él mismo en su *Historia de los Indios.*

Fray Toribio residía en alguno de los conventos pertenecientes a la Provincia de San Gabriel cuando recibió la obediencia de pasar a México. Venido aquí adoptó en Tlaxcala —como hemos dicho— el nombre de *Motolinía.*

No se sabe con certeza a qué residencia fue destinado, si bien hay razones para creer que se quedó en México de Guardián. Estuvo presente, y así lo declara él mismo, en la junta de letrados y

frailes que convocó Cortés en agosto o septiembre de 1524 y que se reunió en San Francisco para tratar del hierro de rescate que enviaba su Majestad.

Cuando, a la partida de Cortés, surgió la discordia entre los españoles, fue Motolinía uno de los frailes que con más calor intervinieron para evitar que rompieran entre sí, *"y se metió entre los tiros y armas con que peleaban"*.

Luego vino la controversia entre el gobierno y los religiosos, sobre la extensión de los poderes de éstos. En esta contienda civil-eclesiástica, Motolinía tuvo ocasión de mostrar su firmeza. Se le mandó que no usara jurisdicción en materia civil ni criminal mientras no demostrase ante el cabildo que tenía autoridad para ello. Fray Toribio respondió luego que sus bulas estaban presentadas, y *"que tenía bastante poder del Papa y del Emperador"*.

En lo más recio de la contienda llegó el señor Zumárraga, con título de Protector de los Indios, quien halló en sus hermanos de religión eficaces auxiliares para cumplir su cometido.

La primera Audiencia entró a su vez en conflicto con el señor Zumárraga y los frailes, desde que éstos se mostraron resueltos a proteger a los maltratados indios. Aunque todos los religiosos hacían una profesión de conciencia en ampararlos, afrontando con el odio y con la persecución de los potentados, fray Toribio sobresalía por su entereza e intrepidez.

Recordemos sólo un episodio que revela estas cualidades. Una vez se acogieron al convento de los franciscanos ciertos caciques de Huejotzingo. Los gobernadores mandaron prenderlos y fue a ejecutar la orden el alguacil Pedro Núñez, *"quien se encontró con el más enérgico de los misioneros, fray Toribio de Motolinía, guardián del convento, quien se opuso resueltamente a la extracción de los reos, y mandó al alguacil que saliera de la ciudad en el término de nueve horas, bajo pena de excomunión. En seguida le notificó un mandamiento en que se intitulaba 'visitador, e defensor, e protector, e juez comisario de las provincias de Huexocingo, Tepeaca e Guacachula, por el electo obispo de la ciudad de México'"* [44].

---

[44] ICAZBALCETA, *op. cit.*, cap. V.

"Esa energía, ese valor civil —dice un biógrafo de Motolinía—, *esa conciencia con que los frailes hacían frente al despotismo de los conquistadores, era el único escudo que defendía a los indios"* [45].

Los conventos fueron el refugio de la raza perseguida y el brazo inerme del fraile el que detuvo a sus puertas la furia de los castellanos.

Antes de que terminasen las contiendas entre los representantes del gobierno y los franciscanos, pero ya algo sosegada la tierra, emprende el Padre Motolinía su primer viaje apostólico a Guatemala, llegando hasta Nicaragua. Humildemente, sin mencionarse a sí mismo, habla de este viaje en su carta a Carlos V, diciendo: *"Fraile ha habido en esta Nueva España que fue de México hasta Nicaragua, que son cuatrocientas leguas, que no se quedaron en todo el camino dos pueblos que no predicase y dijese misa y enseñase y bautizase a niños y adultos, pocos o muchos"* [46].

Los trabajos que padeció en esta jornada y en las siguientes que hizo —pues era un incansable fraile andariego— los relata él mismo con estas palabras:

"Los unos pueblos están en lo alto de los montes, otros están en lo profundo de los valles, y por esto, los frailes es menester que suban a las nubes, que por ser tan altos los montes están siempre llenos de nubes, y otras tienen de abajar hasta los abismos; y como la tierra es muy doblada y, con la humedad, por muchas partes llena de lodo y resbaladeros, aparejados para caer, no pueden los pobres frailes hacer estos caminos sin padecer en ellos grandísimos trabajos y fatigas" [47].

FUNDACION DE PUEBLA DE LOS ANGELES

Vuelto a México, fray Toribio se ocupó en promover la fundación de la ciudad de Puebla.

---

[45] RAMÍREZ, JOSÉ F., *Vida de Motolinía.*
[46] MOTOLINÍA, *Carta al Emperador.*
[47] MOTOLINÍA, *Historia de los Indios,* Trat. 3o., cap. X.

Las razones de esta empresa él mismo nos las explica en su *Historia* diciendo que los frailes menores suplicaron a la Audiencia que se formase un pueblo de españoles destinados a labrar la tierra, y donde se recogiesen muchos cristianos ociosos y vagabundos que vivían esperando repartimiento de indios; esos cristianos enseñarían a los nativos a cultivar el campo al modo de España, *"y teniendo heredades y en qué se ocupar, perderían la voluntad y gana que tenían de se volver a sus tierras... y juntamente con esto sucederían otros muchos bienes"* [48].

La fundación se hizo el 16 de abril de 1531. Se congregaron miles de indígenas de los pueblos vecinos, que *"entraban cantando con sus banderas y tañendo campanillas y atabales, otros con danzas de muchachos y con muchos bailes... Dicha misa, que fue la primera que allí se dijo, ya traían hecha y sacada la traza del pueblo, por un cantero que allí se halló; y luego sin mucho tardar los indios limpiaron el sitio, y echados los cordeles, repartieron hasta cuarenta suelos a cuarenta pobladores"* [49].

El Padre Torquemada refiere que fue Motolinía quien dijo allí la primera misa que se celebró; y Mendieta que el mismo fray Toribio y fray García de Cisneros los que le impusieron el nombre de los Angeles.

TRABAJOS APOSTOLICOS

Uno de los doce que con mayor aliento y fervor trabajó en la evangelización de los naturales fue Motolinía.

El solo bautizó más de 400,000 personas, según cuenta autorizada con su firma. *"Otro sacerdote y yo* —dice— *bautizamos en cinco días por cuenta catorce mil doscientos y tantos, poniendo a todos óleo y crisma, que no nos fue pequeño trabajo. Después de bautizados es cosa de ver la alegría y regocijo que llevan con sus hijuelos a cuestas, que parece que no caben en sí de placer"*.

En las controversias sostenidas con frailes de otras órdenes

[48] Ib., Trat. 3o., cap. XVIII.
[49] Ib.

acerca de la validez del bautismo administrado sin las ceremonias usuales, fray Toribio participó, con aquella fogosidad propia de su carácter. El punto de vista suyo era, en resumen, reflejo del criterio que el ministro general expuso en la *Instrucción* que dio a los doce antes de partir: *"Vuestro cuidado no ha de ser guardar cerimonias ni ordenaciones, sino en la guarda del Evangelio y regla que prometistes"*.

Fray Toribio aplicó siempre a su trabajo este criterio. No era un religioso formulista, sino un gran apóstol.

"El continuo y mayor trabajo —nos dice él mismo— *que con estos indios se pasó fue en las confesiones... a cualquier hora del día, así en las iglesias como en los caminos, y sobre todo son continuos los enfermos, las cuales confesiones son de muy gran trabajo, porque como los agravian las enfermedades y muchos de ellos nunca se confesaron, la caridad demanda ayudarlos... Muchos de éstos son sordos, otros llagados, que cierto los confesores de esta tierra no tienen de ser delicados ni asquerosos para sufrir esta carga; y muchos días son tantos los enfermos, que los confesores están como un Josué rogando a Dios que detenga el sol y alargue el día para que se acaben de confesar los enfermos"* [50].

Había personas que consideraban tiempo perdido el empleado en atender a la cristianización de los indios. Algunas decían que sus veinte años o más de letras no querían emplearlos en gente tan bestial, y a ellos replicaba Motolinía con estas hermosas palabras: *"No se pueden las letras mejor emplear que en mostrar al que no lo sabe el camino por donde se tiene de salvar y conocer a Dios"*.

Algunos sacerdotes se impacientaban al no ver inmediatamente el fruto de su trabajo en los indios. Con mucha gracia decía de ellos fray Toribio: *"Parécenme los tales a uno que compró un carnero muy flaco y dióle a comer un pedazo de pan, y luego tentóle la cola para ver si estaba gordo"*.

Sabido es cuánto se deliberó acerca de la racionalidad de los indios. En estas contradicciones, Motolinía tomó resueltamente el

[50] Ib., Trat. 3o., cap. X.

partido de los que los juzgaban personas capaces. Hablaban en favor de ellos con vehemencia apostólica, y con tanto fervor nadie como él alabó sus virtudes.

He aquí su lenguaje:

"¿Y por qué no dará Dios a éstos (los indios) que a su imagen formó su gracia y gloria, disponiéndose tan bien como nosotros? Estos nunca vieron lanzar demonios ni sanar cojos, ni vieron quién diese oído a los sordos, ni vista a los ciegos, ni resucitar muertos, y lo que los predicadores les predican y dicen es una cifra, como los panes de San Felipe, que no les cabe una migaja; sino que Dios multiplica su palabra, y la engrandece en sus ánimas y entendimiento...

"Estos indios casi no tienen estorbo que les impida para ganar el cielo, de los muchos que los españoles tenemos, porque su vida se contenta con muy poco... No se desvelan en adquirir ni guardar riquezas, ni se matan por alcanzar estados ni dignidades. Con su pobre manta se acuestan, y en despertando están aparejados para servir a Dios... Son pacientes, sufridos sobre manera, mansos como ovejas; nunca me acuerdo haber visto guardar injuria... Todos saben labrar una pared, y hacer una casa, torcer un cordel, y todos los oficios que no requieren mucho arte. Es mucha la paciencia y sufrimiento que en las enfermedades tienen; sus colchones es la dura tierra, sin ropa ninguna; cuando mucho tienen una estera rota, y por cabecera una piedra, o un pedazo de madero... Sin rencilla ni enemistades pasan su tiempo y vida, y salen a buscar el mantenimiento a la vida humana necesario, y no más" [51].

"Estos indios... hábiles son para cualquier virtud, y habilísimos para todo oficio y arte, y de gran memoria y buen entendimiento.

"Es suyo el reino de Dios... simples y sin ningún mal, ni codiciosos de intereses, tienen gran cuidado de aprender lo que les enseñan, y más en lo que toca a la fe" [52].

[51] Ib., Trat. 1o., cap. XIV.
[52] Ib., Trat. 2o., cap. IV.

Estas y otras expresiones por el estilo que abundan en los escritos de fray Toribio revelan cómo amaba a los indios, por quienes tantos trabajos pasó y a tantos peligros se expuso.

"EL QUE ANDUVO MAS TIERRA"

Del Padre Motolinía dicen las crónicas que de los doce "fue el que anduvo más tierra". Emprendía largas jornadas para propagar el Evangelio y, en ocasiones para ver las maravillas de la naturaleza, como aquélla en que fue a Nicaragua *"por ver un volcán de fuego que está en aquella tierra, que es cosa de admiración"*.

Este dato nos muestra el alma franciscana de fray Toribio. Amaba todas las creaturas: el hombre, la planta, el ave, los astros, y se complacía en ellas, como manifestaciones de la gloria de Dios. Siempre que tenía noticia de algún fenómeno extraordinario, lo procuraba ver y escribir, *"para que todos los que lo supiesen alabasen a Dios en él, como él lo alababa cuando lo veía"*.

Y por evangelizar gentes y describir al mundo cosas que Dios había creado, peregrinaba a través de valles y sierras, descalzo, con sus hábitos rotos, y predicando a los indios.

De 1536 a 1539 se halla de guardián en Tlaxcala, donde comienza a escribir, en horas robadas al descanso, su preciosa *Historia de los Indios,* de la que hablaremos después. De Tlaxcala se muda a Tehuacán para ayudar a otro misionero en la tarea que ocasionaban *"los muchos que allí iban a se bautizar, y casar, y confesar"*. Es en Tehuacán donde firma su *Epístola Proemial* o dedicatoria de su libro al Conde de Benavente.

Por ese tiempo desembarcaron en Veracruz seis misioneros destinados a Guatemala, que se detuvieron en México para recibir consejos de los veteranos en el apostolado, *"y especialmente,* —dice un cronista—, *del V. y apostólico P. Fr. Toribio Motolinía, que tanto había traginado y peregrinado en estas tierras"*.

Hacia 1544 fue enviado fray Toribio a Guatemala, con otros 24 franciscanos, e instrucciones de fundar la Custodia del Santo nombre de Jesús. Llegados a Guatemala tuvieron capítulo y eli-

gieron por Custodio a Motolinía. *"Mucho devió* —escribe el P. Vázquez— *esta provincia* (Guatemala) *a este gran Prelado, porque la erigió, la fundó, la enseñó, doctrinando muchísimas de las gentes de este Reyno, baptizando innumerables, en los años anteriores"* [53].

A causa de algunas disensiones que surgieron con la llegada a Guatemala de 35 dominicos que llevó el inquieto obispo Las Casas, varios franciscanos, *deseando quietud,* pidieron licencia para trasladarse a Yucatán o volver a México, y el mismo P. Motolinía, luego de gobernar 15 meses la provincia, celebró capítulo y renunció el oficio para regresar a la Nueva España. El Ayuntamiento rogó a fray Toribio que se quedara y, según acta de 4 de diciembre de 1545, acordó escribir al Comisario General de México pidiendo que lo enviara. Escribió, en efecto, y el Comisario General, que era fray Martín de Hojacastro, respondió ofreciendo enviar religiosos, pero no a Motolinía porque *"era tan esencial por allá, que necesitaba de él aquella provincia, Madre de las otras, para cosas muy grandes".*

Más tarde fue electo Provincial, cargo que desempeñó hasta 1551. En agosto de 1554 se halla en Cholula. Un año después escribió su célebre carta al Emperador Carlos V, contra fray Bartolomé de las Casas, de la que luego hablaremos, y por ese tiempo debió fundar el convento de Atlixco, del que fue guardián. Desde estas fechas hasta su muerte hay pocas noticias relativas a él.

MOTOLINIA ESCRITOR

Obligado por obediencia, y siendo guardián de Tlaxcala, como hemos dicho, el Padre Motolinía empezó a escribir su *Historia de los Indios,* según él mismo lo dice en la introducción al tratado 2o.: *"Estando yo descuidado y sin ningún pensamiento de escribir semejante cosa que ésta, la obediencia me mandó que escribiese algunas cosas notables de estos naturales".* En la carta-prólogo al conde de Benavente dice: *"Vuesa Señoría reciba este pequeño servicio quitado de mi trabajo y ocupación, hurtando al sueño algunos ratos, en los cuales he recopilado esta relación".*

[53] VÁZQUEZ, FR. FRANCISCO, *Crónica de la provincia del Smo. Nombre de Jesús de Guatemala,* lib. 1o., cap. XX.

Así que, después de pasar el día bautizando y confesando, y afanado en los demás trabajos de conversión, ocupaba horas del descanso en escribir los capítulos de su *Historia,* *"fuente abundante y pura* —dice José Fernando Ramírez— *de las tradiciones primitivas de la civilización cristiana, y de otras muchas preciosas de la historia antigua del país"* [54].

Que la obra fue escrita sin que dispusiera su autor del tiempo necesario, nos lo dice él mismo con estas palabras conmovedoras: *"...Muchas veces me corta el hilo* (de la relación) *la necesidad y caridad con que soy obligado a socorrer a mis prójimos, a quien soy compelido a consolar cada hora"* [55].

El estilo del Padre Motolinía es el de los escritores de nuestro siglo de oro. ¡Qué inmarcesible frescura tienen sus escritos, qué gracia, qué nobleza y qué limpidez! Cuando describe el sabor de una fruta o el color de un paisaje es tan encantador como fulgurante cuando defiende los derechos de la verdad ofendida. Agudísimo observador de todas las cosas que le rodean, refiere con igual puntualidad los ritos nefandos de la religión azteca que costumbres de las gentes nativas. Así habla de las indias que están de parto y nos dice que *"paren con menos trabajo y dolor que las nuestras españolas... y no tienen aparejadas torrijas, ni miel, ni otros regalos de parida, sino el primer beneficio que a sus hijos hacen es lavarlos luego con agua fría, sin temor que les haga daño".* O nos describe un rito sangriento diciendo: *"En aquel templo de aquel grande ídolo que se llamaba Camaxtlí, mataban cuatrocientos cinco, y en otro barrio mataban unos cincuenta o sesenta; y en otras ventiocho partes de esta provincia, en cada pueblo según que era; de manera que llegaba el número de los que en este día sacrificaban a ochocientos hombres en sola la ciudad y provincia de Tlax-*

[54] RAMÍREZ, JOSÉ F., *op. cit.*

[55] MOTOLINÍA, *Historia,* Trat. 3o., cap. VIII.

callan; después llevaba cada uno los muertos que había traído vivos al sacrificio, dejando alguna parte de aquella carne humana a los ministros, y entonces todos comenzaban a comer ají con aquella carne humana, que había cerca de medio año que no la comían".

Se propuso no decir en su historia sino la verdad. *"Diré lo que vi y supe, y pasó en los pueblos que moré y anduve; y aunque yo diga o cuente alguna cosa de una provincia será del tiempo que en ella moré".* No se atrevía a afirmar algo como cierto si no estaba bien cerciorado de ello. Así, al hablar de los templos de Cholula, escribió: *"Dijéronme que había más de trescientos y tantos. Yo la vi entera y muy torreada y llena de templos, pero no los conté".*

El Padre Mendieta dice de fray Toribio: *"Fue mi guardián y lo traté y conocí por santo varón, y por hombre que por ninguna cosa dijera si no la mera verdad"* [56].

Así pues, tenemos que reconocer, con el historiador Prescott, que la autoridad de Motolinía es de primer orden para el estudio de las antigüedades del país, y para el conocimiento del estado que guardaba antes de la conquista.

No sólo escribió Motolinía la *Historia de los Indios* sino que fue autor de varias obras más, entre ellas la *Doctrina cristiana en lengua mexicana, Memoriales, Tratados de materias espirituales y devotas,* y otras.

FRAY TORIBIO DE MOTOLINIA CONTRA FRAY BARTOLOME DE LAS CASAS

El Padre Motolinía defendió a la raza indígena contra los conquistadores. Con el mismo espíritu de justicia defendió a su propia raza de los ataques de un religioso que él llamó "importuno, bullicioso y pleitista": fray Bartolomé de las Casas.

La refutación de las mentiras que éste propagó está contenida en la carta escrita al Emperador Carlos V el 2 de enero de 1555, "carta desgraciadamente poco divulgada y aun mal entendida".

[56] MENDIETA, *Historia.*

Para estimar el valor de este documento es necesaria una breve relación de antecedentes.

Vino Las Casas a América en 1502. Vivió en la Española y luego en Cuba, donde fue encomendero. Luego renunció a la encomienda y tomó el hábito de los dominicos. Desde entonces, con toda la energía de su carácter, se dedicó a propagar sus ideas que, en resumen, eran éstas: el único título de dominio de los reyes de Castilla sobre América es la bula *inter caetera* de Alejandro VI, que les impone la obligación de difundir el Evangelio entre los indios; todo lo que no lleve a este objeto es ilegítimo; el único medio de propagar la fe es la predicación y la convicción; por lo mismo, el gobierno y administración de aquellos pueblos debe ponerse en manos de sacerdotes virtuosos, que es lo que necesitan los indios, gentes sencillas, mansas, no contaminadas con las abominaciones de la civilización.

Las Casas procuró que su idea fuese la norma de la acción de España en América. Viajó a España y escribió libros para representar la conquista y colonización del nuevo mundo como un gran crimen. Esos libros están repletos de falsedades y mentiras. *"Las Casas* —dice Pereyra— *fue siempre amigo del número falso, absurdo, inverosímil, monstruoso. Las Casas es una máquina de calcular, pero una máquina loca. Su geografía es como su historia. Manda el cabo Bojador hasta el de Buena Esperanza. En la vega de Maguá, perteneciente a la Isla Española, hay 'sobre treinta mil ríos y arroyos, entre los cuales son los doce tan grandes como Ebro y Duero y Guadalquivir'. De los treinta mil ríos, veinte o veinticinco mil son auríferos y todos vienen de una sierra. Guatemala fue destruida por la justicia divina por tres diluvios juntamente, uno de agua e otro de tierra e otro de piedras más gruesas que diez y veinte bueyes. Esta es de las mentiras menudas. Los indios muertos por los españoles fueron doce millones, quince millones, veinte millones, trescientos millones, mil millones. . ."*

El resultado de sus campañas fue, por una parte, la expedición de leyes que vinieron a estorbar la tarea civilizadora del indio y que, a la postre, tuvieron que ser derogadas por inaplicables; y por

la otra proporcionar armas a los enemigos de España y de la religión católica.

Bird Simpson, autor de un trabajo sobre la encomienda en la Nueva España, dice a propósito de los efectos causados por el libro de Las Casas *Brevísima relación de la destrucción de Indias:*

"Cuando España se hallaba en el apogeo de su poder político y todo buen protestante se estremecía al pensar en las mazmorras de la Inquisición, la Brevísima relación *vino como don del cielo para todos aquellos interesados en creerla. A mayor abundamiento, había sido escrita por un español de incuestionable autoridad ¡por un obispo! Dondequiera que se odiaba a España la* Brevísima relación *encontraba fácilmente compradores y credulidad en sus lectores"* [57].

Sólo en el siglo XVI se hicieron de este libro tres ediciones latinas, tres italianas, cuatro inglesas, seis francesas, ocho alemanas y dieciocho holandesas, que difundieron por el mundo las escandalosas falsedades estampadas por el obispo de Chiapas. *"Tal fue el servicio* —dice Esquivel Obregón— *que el Apóstol de las Indias hizo a su propio país y a la causa del catolicismo que él propugnaba".*

Las Casas tiene una estatua en la ciudad de México, Motolinía no tiene ninguna. Esto es explicable. A Las Casas se le honra, no porque defendió a los indios, sino porque difamó a España y sirvió a los enemigos del catolicismo.

Las Casas nunca aprendió las lenguas de los indios ni se ocupó jamás en obras de cristianización, ni fundó escuelas para enseñarnos a leer. Motolinía empleó su vida en estos trabajos, y su obra entera acredita su amor al indio. Tenía, pues, sobrada autoridad para enfrentarse con un hombre que diciéndose amigo de los indios ofendía la verdad y escandalosamente difamaba a toda una nación.

Motolinía, no pudiendo sufrir las mentiras y exageraciones de Las Casas, tomó la pluma y escribió al Emperador la carta a que en seguida nos vamos a referir.

[57] SIMPSON, BIRD, *The Encomienda in New Spain*, pp. 1 y 2.

La carta de fray Toribio Motolinía es —dice el P. Bravo Ugarte —la primera vigorosa defensa de la naciente Patria Mexicana [58]. Y lo es verdaderamente porque, al rechazar las impugnaciones de Las Casas, Motolinía aboga por la legitimidad de las instituciones de la nación que él mismo, por medio de sus trabajos apostólicos, estaba contribuyendo a formar.

La carta está escrita en términos vehementes y refleja la pasión por la verdad y la justicia que fue una de las cualidades del gran franciscano. Quien no temió atraerse el odio y la persecución de los españoles en defensa de los indios, por qué había de mostrarse temeroso ante un hombre que injuria y difama. Lo enfrenta, pues, animosamente.

Comienza por pedir al rey que mande revisar por un consejo de letrados el *Confesionario lascasiano.* (El *Confesionario* eran instrucciones del obispo de Chiapas a sus párrocos para confesar a los que hubieren tenido encomiendas o se hubieren enriquecido en Indias. Conforme a esas instrucciones, el confesor debería llamar a un escribano para que ante él diese poder el penitente al confesor para que, si creyese necesario restituir toda su fortuna, revocase cualquier testamento anterior).

Opina fray Toribio que el documento contiene dichos y sentencias falsos y escandalosos; rechaza la afirmación de Las Casas en cuanto a que todo lo que tienen los españoles es mal ganado, diciendo que acá hay muchos labradores y oficiales que por su industria y sudor tienen de comer.

Luego enfáticamente desmiente la general acusación de tiranos que fray Bartolomé dirige contra los funcionarios de su Majestad, y demuestra cómo el Marqués del Valle, don Sebastián Ramírez, don Antonio de Mendoza y don Luis de Velasco han gobernado muy bien ambas repúblicas de indios y españoles.

También rechaza la afirmación de que todos los conquistadores han sido robadores y raptores. Considera que hay muchos

[58] BRAVO UGARTE, JOSÉ, *Introducción y notas a la carta de Motolinía al Emperador.* Editorial Jus.

que guardan las instrucciones reales y son de buena vida y conciencia.

"Yo me maravillo —agrega— *cómo V. M. y los de vuestros Consejos han podido sufrir tanto tiempo a un hombre tan pesado, inquieto e importuno y bullicioso y pleitista en hábito de religión, tan desasosegado, tan mal criado y tan injuriador y perjudicial, y tan sin reposo".*

"EL OFICIO DE NUESTRO ADVERSARIO"

Dice en seguida que conoce a Las Casas hace 15 años; que ha estado en Perú, Nicaragua, Guatemala y México, sin encontrar reposo en ninguna parte, pues luego se hartaba de estar en un sitio y volvía a vagar y andar con sus bullicios y desasosiegos, siempre escribiendo procesos y vidas ajenas, buscando males y delitos para encarecerlos, *"y en esto parece que tomava el oficio de nuestro adversario".*

En cuanto a que fray Bartolomé ame mucho a los indios y los quiera defender y favorecer más que nadie, Motolinía lo pone en duda, y recuerda que cuando vino a México siendo simple fraile traía tras de sí 27 ó 37 indios cargados. Recuerda también que por el mismo tiempo los obispos y prelados examinaban la bula del Papa Paulo sobre bautismos y matrimonios, y que habiendo venido un indio de 3 ó 4 jornadas a bautizarse, Motolinía y otros frailes rogaron mucho a Las Casas que lo bautizara porque venía de lejos y estaba catequizado y enseñado. Fueron con él a la puerta de la Iglesia, do el indio estaba de rodillas, y allí Las Casas tomó no sé qué escrúpulos y no lo bautizó. Entonces Motolinía dijo a fray Bartolomé:

"Cómo, Padre, todos vuestros celos y amor a los indios se acaba en traerlos cargados, y andar escribiendo vidas de españoles y fatigando indios, que traéis cargados más indios que treinta frailes".

Lo que cargaban eran procesos, escrituras y *bujerías de nada.* Cuando Las Casas volvió de España siendo obispo —continúa diciendo Motolinía— traía 120 indios cargados, sin pagarles nada, y eso cuando ningún español podía cargar tamemes, ni pagándoles muy bien.

Informa en seguida al Emperador de la carta que a Las Casas escribió fray Domingo de Betanzos, carta bien larga, en la que declaraba su vida y desasosiegos y bullicios, y los perjuicios y daños que con sus informaciones causaba por dondequiera que andaba. Le refiere también cómo fue bien recibido por las gentes de Chiapas, cuando vino Obispo, y cómo luego descomulgó a todos y se fue, lo que dio motivo a que Betanzos escribiera que *"las ovejas había vuelto cabrones, y de buen carretero echó el carro delante y los bueyes atrás".*

Demuestra Motolinía la ignorancia de Las Casas respecto a usos y costumbres de la tierra, y comenta:

"No es maravilla que Las Casas no lo sepa, porque no procuró de saber sino lo malo y no lo bueno, ni tuvo sosiego en esta Nueva España, ni deprendió lengua de indios, ni se humilló ni aplicó a enseñar; su oficio fue escribir procesos y pecados que por todas partes han hecho los españoles, y esto es lo que mucho encarece, y ciertamente este oficio no lo llevará al cielo, y lo que así escribe no es todo cierto ni averiguado".

Culpa luego a Las Casas de haber desamparado su iglesia, sin causa que lo justificara, y sólo para procurar que los indios lo demandaran protector.

"Quisiera yo ver al de las Casas —dice más adelante— *quince o veinte años perseverar en confesar cada diez o doce indios enfermos llagados y otros tantos sanos viejos que nunca se confesaron, y entender en otras cosas muchas, espirituales, tocantes a los indios. Y lo bueno es que allá, a V. M. y a los demás de sus consejos, para mostrarse muy celoso dice: Fulano no es amigo de indios, es amigo de españoles, no le deis crédito. Plega a Dios que acierte él a ser amigo de Dios y de su propia ánima".*

"DIOS PERDONE AL DE LAS CASAS"

En la posdata de su carta, Motolinía se refiere al tratado compuesto por Las Casas sobre los esclavos de la Nueva España, y describe las virtudes de la sociedad novohispánica de aquellos tiempos.

"No hay hombre de cualquier nación, ley o condición —dice— *que sea que los lea, que no cobre aborrecimiento y odio mortal y tenga a todos los moradores desta Nueva España por la más cruel y más abominable y más infiel y detestable gente de cuantas naciones hay debajo del cielo, y en esto paran las escrituras que se escriben sin caridad y que proceden de ánimo ajeno a toda piedad y humanidad".*

Apela al testimonio de religiosos recién venidos de España para demostrar que aquí hay más cristiandad, más fe y más caridad con los pobres que en la vieja España, y exclama:

"Dios perdone al de las Casas que tan gravísimamente deshonra y disfama, y tan terriblemente injuria y afrenta una y muchas comunidades, y una nación española, y a sus príncipes y consejos".

A la gaseosa fantasía de Las Casas opone Motolinía la sólida realidad que él ha contribuido a crear, y dice: *"Sepa V. M. por cierto que los indios desta Nueva España están bien tratados, y tienen menos pecho y tributo que los labradores de la vieja España, cada uno en su manera... y no hay aquel descuido ni tiranías quel de las Casas tantas veces dice, porque, gloria sea a Dios, acá ha habido en lo espiritual mucho cuidado y celo en los predicadores, y vigilancia en los confesores, y en los que administran justicia obediencia para ejecutar lo que V. M. manda cerca del buen tratamiento y defensión de los naturales... porque ha muchos años que los indios son bien tratados, mirados y defendidos... y se han impedido y estorbado muchos males e idolatrías, y homicidios, y grandes ofensas a Dios".*

Denuncia las falsedades de Las Casas en cuanto al régimen

de esclavos, que no conoce porque no lo ha estudiado tan bien como él. Con legítimo orgullo dice Motolinía:

"Tres o cuatro frailes hemos escrito de las antiguallas y costumbres questos naturales tuvieron, e yo tengo lo que los otros escribieron, y porque a mí me costó más trabajo y más tiempo, no es maravilla que lo tenga mejor recopilado y entendido que otro".

Con este fundamento afirma que en la Nueva España casi todos los esclavos están hechos libres y que antes de un año apenas quedará esclavo indio en la tierra.

Razón tenía nuestro gran evangelizador en indignarse ante las mentiras del obispo de Chiapas, quien desvirtuaba ante el mundo la virtuosa, perseverante y magnífica tarea civilizadora hecha por España a través de sus misioneros, y presentaba únicamente la parte negativa de la colonización.

No era justo que mientras unos, como fray Toribio Motolinía y sus heroicos compañeros, y mil más, trabajaban con fruto por apartar a la raza nativa de su religión homicida, por conservarla, y educarla y civilizarla, un hombre anduviese diciendo por el mundo que aquí sólo se tiranizaba, se oprimía a los naturales y se les destruía.

Motolinía, que fue uno de los primeros en atajar a los violadores de los derechos del indio y en procurar su salvación, rindió otro gran servicio a la justicia al salir en defensa de hombres como Mendoza, Velasco y otros que, como ellos, representaban la verdadera misión de España, y que comprendía desde la prohibición de los sacrificios humanos hasta enseñarlos a fundir campanas y componer odas en latín.

Esto era lo que habían hecho los misioneros, como fray Toribio de Benavente o Motolinía, y esto era lo que Las Casas ocultaba, sin acordarse de otra cosa que de los tiranos y robadores.

ELOGIO DE CORTES

La última parte de la carta contiene un elogio de Cortés. Nos parece que es el elogio más bello que ha recibido Cortés porque

es el elogio de un santo. Si alguna duda tuviésemos acerca de la grandeza de Hernán Cortés, nos bastaría el testimonio de Motolinía para desvanecerla.

Este elogio fue escrito después de muerto don Hernando, así que no puede atribuirse a ningún interés, y es de un hombre que lo conoció y trató, y que nunca dijo mentira.

"Algunos que murmuran del Marqués del Valle, que Dios tiene —dice—, *y quieren ennegrecer y oscurecer sus obras, y yo creo que delante de Dios no son sus obras tan aceptas como lo fueron las del Marqués; aunque como hombre fuese pecador, tenía fe y obras de buen cristiano, y muy gran deseo de emplear la vida y hacienda en ampliar y aumentar la fe de Jesucristo, y morir por la conversión de los gentiles. . .".*

"Dios lo visitó con grandes afliciones, trabajos y enfermedades para purgar sus culpas y alimpiar su ánima, y creo que es hijo de salvación, y que tiene mayor corona que otros que lo menosprecian".

Agrega:

"Trabajó de decir verdad y de ser hombre de su palabra, lo cual aprovechó mucho con los indios. Traía por bandera una cruz colorada en campo negro, en medio de unos fuegos azules y blancos, y la letra decía: amigos, sigamos la cruz de Cristo, que si en nos hubiera fe, en esta señal venceremos.

"Doquiera que llegaba, luego levantaba la cruz. Cosa fue maravillosa el esfuerzo y ánimo y prudencia que Dios le dio en todas las cosas que en esta tierra aprendió, y muy de notar es la osadía y fuerzas que Dios le dio para destruir y derribar los ídolos prencipales de México, que eran unas estatuas de quince pies de alto. Y armado de mucho peso de armas, tomó una barra de hierro y se levantaba tan alto hasta llegar a dar en los ojos y en la cabeza de los ídolos.

Y estando para derriballos envióle a decir el gran señor de México Moctezuma que no se atreviese a tocar a sus dioses, porque a él y a todos los cristianos mataría luego. Entonces el capitán se volvió a sus compañeros con mucho espíritu, y medio llorando, les dijo: 'hermanos, de cuanto hacemos por nuestras vidas e intereses,

agora muramos aquí por la honra de Dios y porque los demonios no sean adorados'. . ."

En favor de la humanidad de Cortés nos habla Motolinía con estas palabras:

"¿Quién así amó y defendió a los indios en este mundo nuevo como Cortés? Amonestaba y rogaba mucho a sus compañeros que no tocasen a los indios ni a sus cosas, y estando toda la tierra llena de maizales, apenas había español que osase coger una mazorca; y porque un español llamado Juan Polanco cerca del puerto entró en casa de un indio y tomó cierta ropa, le mandó dar cien azotes. . .".

Termina diciendo:

"Por este Capitán nos abrió Dios la puerta para predicar el santo Evangelio, y éste puso a los indios que tuvieran reverencia a los Santos Sacramentos, y a los ministros de la Iglesia en acatamiento; por esto me he alargado, ya que es difunto, para defender en algo de su vida".

Esta es, a grandes rasgos, la carta de Motolinía al Emperador. Sería bueno que se divulgara tanto siquiera como se han divulgado los escritos difamatorios de Las Casas [59].

El lector se preguntará por qué, siendo Motolinía una de las más grandes figuras de la historia de México y un positivo benefactor de la especie humana, es menos célebre que Las Casas. La respuesta nos la da el historiador Esquivel Obregón: *"Porque Las Casas, difundiendo el odio contra los españoles, forjaba armas para los numerosos y poderosos enemigos de España y del catolicismo, en tanto que Motolinía modestamente hizo de su vida un ejemplo de abnegación y quieta laboriosidad"* [60].

[59] La Editorial Jus tiene publicada la *Carta al Emperador.* Ejemplar: $8.00.
[60] ESQUIVEL OBREGÓN, TORIBIO, *Apuntes para la Hist. del Derecho en Méx.*, t. II, p. 61.

Cuarenta y cinco años —cuarenta y cinco fecundos, hermosos años— trabajó fray Toribio Motolinía por el bien de sus prójimos. Cuarenta y cinco años de predicar, enseñar, peregrinar, investigar, escribir.

De la última parte de su vida no hay noticias. Después de su Carta al Emperador lo rodea un gran silencio. Calladamente se va extinguiendo la vida del misionero.

Sólo sabemos que estando enfermo y próximo a la muerte, quiso celebrar misa por última vez y dispuso un altar para decirla en el claustro antiguo del convento de San Francisco de México. Casi arrastrándose, y sin permitir que lo llevaran, en lo que mostró aquel ánimo que le caracterizó en su larga y trabajosa carrera, se dirigió al altar y dijo su misa. Poco antes de completas (seis de la tarde) le administraron la extremaunción, en presencia de varios de sus hermanos, a los que invitó a que se retiraran para que rezaran aquella hora canónica, advirtiéndoles que "a su tiempo los llamaría". Los llamó, en efecto, al concluir el rezo, *"y estando todos juntos en su presencia y habiéndoles dado su bendición con muy entero juicio, dio el alma a su Criador".*

Apenas expiró, el obispo de Jalisco, fray Pedro de Ayala, franciscano, que estaba presente, *"le cortó un pedazo de la capilla del hábito que tenía vestido el siervo de Dios, porque le tenía mucha devoción y en concepto de santo, como en verdad lo era".*

Su muerte acaeció el 9 de agosto de 1569. Fue el último de los doce que pagó su tributo a la tierra que había fecundado con su doctrina, edificado con su virtud e ilustrado con sus afanes apostólicos.

Fray Martín de la Coruña

FRAY MARTIN DE JESUS O DE LA CORUÑA —nombre que indica su patria— fue el primer evangelizador de las gentes de Michoacán y Jalisco.

Luego que supo Caltzontzin la venida de los doce, el recibimiento tan honorífico que se les había hecho, y cómo los habían repartido para que adoctrinasen las provincias vecinas a México, no quiso ser el último en solicitar para su reino ministros que enseñasen la nueva fe.

Vio, pues, a fray Martín de Valencia y le pidió con instancia que le diese uno de sus compañeros. La petición fue acogida por el custodio, quien señaló a fray Martín de Jesús, por otro nombre de la Coruña, con otros cinco cuyos nombres menciona el memorial de la orden del ilustrísimo Gonzaga, y fueron éstos: fray Angel de Saliceto, o Saucedo, después conocido por fray Angel de Valencia, fray Jerónimo de la Cruz, fray Juan Vadiano, fray Miguel de Bonomia y fray Juan de Padilla.

Estos cinco fueron a Michoacán a fines de 1525, y aunque Torquemada y la Rea ponen en duda que hayan ido cuando sólo había 17 en la tierra, es el mismo Torquemada el que resuelve la dificultad en el libro XV de su *Monarquía, capítulo* 25, al decir que ocho o nueve meses después de que habían llegado los doce vinieron a ayudarlos, en la segunda barcada, los padres Antonio Maldonado, Antonio Ortiz, Antonio de Herrera, Diego de Almonte, *"y otros muy esenciales religiosos de la misma provincia de San Gabriel"*, pudiendo ser estos que no nombra los que fueron a Michoacán.

Asignado el Padre Martín de la Coruña, sin más aparato que el ornamento y lo necesario para celebrar misa, a pie con su báculo y cruz en la mano, el breviario colgado de la cuerda, y sin más abrigo de ropa que su hábito y manto, emprendió el viaje acompañado del rey Caltzontzin, ya bautizado con el nombre de Francisco.

Llegaron a Tzintzuntzan, donde el rey los hospedó en su pa-

lacio. En breve tiempo hizo su iglesia de madera y formó su pequeño convento con celdas pajizas al tamaño y nivel de la santa pobreza. Levantó luego el estandarte de la fe, erigiendo, muy altas, bien labradas cruces de madera para que a su vista se ahuyentase el fuerte tirano que por tantos siglos había tenido la posesión de aquel reino.

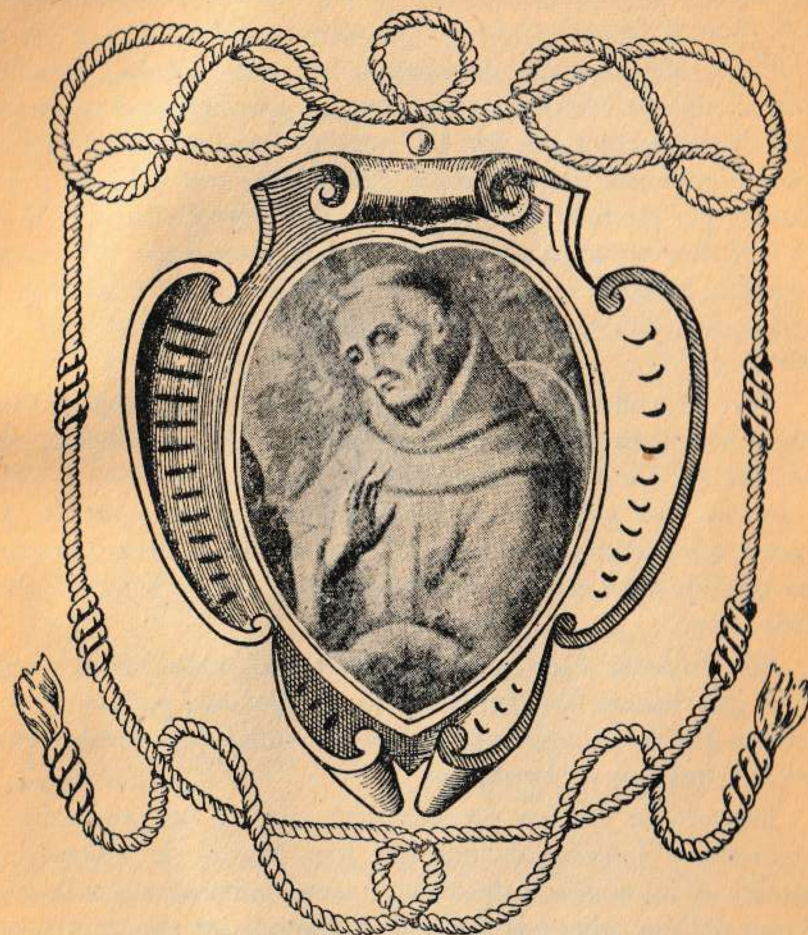
Valiéndose de intérprete, fray Martín les representó a los tarascos los errores en que habían vivido, lo horrendo de los sacrificios que hacían de los hombres contra todo el derecho de la naturaleza y la falsedad de sus dioses. Les hizo conocer la verdad de un solo Dios en cuyo nombre venían a libertarlos de la esclavitud del demonio, para lo cual la primera diligencia era detestar la adoración de los ídolos, asolar todos los templos, execrar los inhumanos sacrificios y lavar todas las manchas con las aguas del bautismo.

Parecía imposible a los indios desamparar la ley en que se habían criado y adoptar la nueva, que les obligaba a dejar la multitud de mujeres y la venganza de sus enemigos, y todo sólo porque se lo pedían aquellos pobres extranjeros, que entonces miraban con desprecio. Contra este tropel de dificultades se vistió de fortaleza el apóstol, y como tenía ganada la voluntad del rey, consiguió arruinar el imperio de los antiguos dioses.

Fueron entregándole todos los ídolos, y haciendo de ellos un gran montón, los arrojó a vista de todos en lo más profundo de la laguna de Pátzcuaro. Otros hizo juntar en medio de la plaza y redujo por el fuego a cenizas. Destruidos los ídolos, consiguió que los mismos que los habían fabricado con tanto esmero demoliesen los templos.

En los principios, como lo habían hecho en México, valiéronse los misioneros de los niños para aprender la lengua y enseñar la doctrina cristiana. Bautizaban a los adultos y poco a poco fueron quitándoles las muchas mujeres.

Como sólo eran cinco los evangelizadores, se contentaron por entonces con visitar pueblos, ya que no podían hacer fundaciones. Por Pátzcuaro, Erongarícuaro, Tziróndaro, Purenchécuaro y otros



Fray Martín de la Coruña O. F. M.

pueblos de la laguna, iban los religiosos en ligeras canoas a bautizar enfermos y convertir idólatras.

El año 1527, según dice Torquemada, vino otra misión, y de los religiosos que llegaron a México algunos fueron destinados a Michoacán y erigieron conventos. Esto dio oportunidad a fray Martín de Jesús de introducir la fe en el reino de Jalisco.

Cinco años después de fundada la nueva iglesia, Nuño de Guzmán salió de México a conquistar las provincias del norte, dominio de los chichimecas, con 150 caballos, igual número de peones y siete u ocho mil indios aliados. Encaminóse con su gente a Michoacán, por ser provincia de paso, y allí el rey Caltzontzin le regaló con diez mil marcos de plata, y mucho oro bajo. No saciada su codicia, Nuño le mandó prender y le hizo matar, echándole en una hoguera con otros indios principales, caso el más cruel que decirse puede.

Fray Martín de Jesús trató de evitar las crueldades de Guzmán, y no se cansaba de predicarle a él y a sus compañeros, pero *"como el oro y la plata suelen volver los corazones de bronce* —dice la crónica— *no podía su santo celo recabar de los españoles que mirasen con lástima a los indios"*. Y así vio, sin poderlo remediar, a su querido hijo el rey Francisco muerto por orden del gobernador tirano.

Por defender a los indios y libertarles de los agravios y vejaciones que hacían los gobernadores, en notable perjuicio de la doctrina que se les empezaba a enseñar, sufrió fray Martín innumerables trabajos y dificultades.

Después de enseñar durante siete años en las provincias de Michoacán y Jalisco, sabiendo que fray Martín de Valencia, su custodio, se aprestaba a descubrir nuevas provincias por la costa del mar del sur, solicitó el Padre de la Coruña ser uno de sus compañeros, y lo admitió el prelado con mucho gusto. En compañía de otros siete se fue a Tehuantepec para embarcarse. Cuatro se volvieron a México, según tenemos dicho. Fray Martín fue uno de los que se quedaron en espera de que las naves estuviesen listas, y al fin se embarcó en uno de los navíos de la pequeña flota, que

iba al mando de Diego Becerra. Hecho a la mar se amotinó parte de la tripulación y Becerra fue asesinado una noche por el bando del piloto Jiménez y otros marineros vizcaínos, *"y si no fuera por dos frailes franciscos* —dice Bernal Díaz— *que iban en aquella armada, que se metieron en despartillos, más males hubiera"*. Uno de esos frailes era fray Martín de la Coruña. Cuando Jiménez se alzó con el navío, por ruego de los frailes, los desembarcó en tierra de Jalisco, con varios heridos.





"Aquí se demuestra que ya pacíficos los naturales, obraron en la viña del Señor los Padres missioneros bautizando á unos y predicando á otros, luchando el mismo tiempo con los Demonios, á cuya empressa assistia fiel, y fervoroso el General Nanuma". (Tomado de los Mapas del Manuscrito de Beaumont. Sección de Historia, tomo número 9).

Los trabajos, hambres y fatigas que en esta jornada sufrió —dice el cronista— se quedaron en su pecho archivados.

No escarmentó con estas penalidades el hombre de Dios, y

volvió a embarcarse con Cortés en la armada descubridora que organizó en 1535 y cuya navegación terminó en las costas de Baja California, donde el misionero pasó hambre juntamente con los demás expedicionarios.

Volvió a la ciudad de México al tiempo en que se celebraba el primer Capítulo Provincial, en que salió electo guardián del convento de la villa de Cuernavaca, que pertenecía a Hernán Cortés, *"porque se hace muy creíble que aquellos venerables religiosos, para remunerar lo mucho que le debían al ínclito capitán don Fernando Cortés, le diesen el consuelo de tener en su compañía a este varón tan ejemplar, de quien hacía tanta estimación y le veneraba como a santo desde que le conoció recién venido de España el año de 1524, y se había estrechado nuevamente con él en la jornada que llevamos dicho de la California"* [61].

No sabemos si acabó el trienio de esta guardianía, porque no lo dice la historia, pero consta que dejó memoria de su virtud y fama de santidad.

Restituyóse a su custodia de Michoacán, que siempre le robó sus cariños, y tuvo singular complacencia en verla tan aumentada así de religiosos como de conventos. Recibiéronle los indios muy contentos de volverlo a ver en sus tierras, pues era el primer Padre que conocieron.

Al poco tiempo de su llegada fue electo Custodio y gobernó todo su trienio como debía prometerse de una virtud tan heroica.

Conocía fray Martín que ya le quedaban pocos días de vida por hallarse en los últimos términos de una vejez cansada. Estaba en la ciudad de Pátzcuaro cuando le asaltó la última enfermedad, y cerca su hora, *"se preparó para ella como quien había estudiado toda su vida el arte de morir bien, que ésta es la ciencia de las ciencias"*. No temió las formidables señas de la muerte, porque la tenía bien premeditada y prevenida con el ejercicio de las virtudes.

Pidió los sacramentos, y recibidos, se despidió de sus hermanos y murió con mucha paz y sosiego, el 25 de septiembre de 1558,

---

[61] Espinosa, Isidro Félix de, *Crónica franciscana de Michoacán.*

a la edad de 75 años. Es probable que haya asistido a su entierro el venerable obispo don Vasco de Quiroga.

Dice la crónica franciscana que fray Martín de la Coruña fue hombre de extraordinaria paciencia y que nunca llegó a perderla. Tenía tan domada su carne, y tan vencida, que nunca se rebeló contra el espíritu. Su pobreza era tal que sólo tenía un hábito viejo y un manto. Cuando le cogía un aguacero y quedaba su pobre ropa mojada, tomaba lo primero que de caridad le prestaban los indios, mientras se secaba su ropa para proseguir su camino.

Toda su vida anduvo a pie y descalzo sin que jamás le pudiesen hacer montar a caballo, ni por pantanos que se ofreciesen, ni por las montañas y riscos que le impidiesen los pasos, antes se empeñaba en trasegar las montañas con pies desnudos, dejando muchas veces señaladas con sangre las piedras por donde transitaba. Tuvo a su cargo el reino de Michoacán y el de Nueva Galicia y todo este territorio midió por sus pies repetidas veces, porque como un rayo abrasador, apenas estaba en unas partes cuando se disparaba para otras, fundando pueblos y encendiendo los corazones en el fuego de la fe. En tanta prolijidad de caminos no llevaba bastimentos, ni prevenía para las posadas otro aposentador que la santa pobreza.

Refiere Torquemada que siendo fray Martín guardián del convento de Cuernavaca, un religioso llamado Juan Quintero le halló dos veces apartado en oración, encendido el rostro a la manera que está el fuego, del fervor con que oraba y estaba hablando con Dios.

Dice también la crónica que luego que expiró, su cuerpo empezó a despedir grande fragancia de olor y suavidad.

Fue enterrado en el convento franciscano de Pátzcuaro.

Fray Francisco de Soto

FRAY FRANCISCO DE SOTO fue el segundo —en el orden de nombramiento— de los doce que vinieron a fundar esta provincia. Salió de la de San Gabriel y había tomado el hábito en la de Santiago.

Era de juicio naturalmente muy claro y de gran prudencia. En España había sido guardián de Villalpando y Benavides, y en esta provincia lo fue después de muchos conventos.

Hizo el oficio de predicador magistralmente, lo mismo entre españoles que entre indios, aunque por haber venido ya anciano no llegó a dominar la lengua mexicana.

Fue muy riguroso en la observancia de la pobreza. Cuando se edificaba la iglesia de Xochimilco supo que en la parte superior de la capilla ponían ciertas figuras labradas de piedra, y aunque la obra no era suntuosa, sino bien moderada, desaprobó el ornato diciendo: "Eso es dar una higa de piedra a la santa pobreza".

Era templadísimo en el comer y no bebía vino; mas si algún religioso tenía necesidad de él, le quitaba el escrúpulo de beberlo. En cuanto a sí era muy escrupuloso, guardando en su persona la sentencia de San Gregorio: *Bonarum mentium est, ibi culpam timere, ubi culpa non est,* o sea que es de buenas almas temer culpa donde no la hay; con todo, tuvo gracia en quitar escrúpulos a los otros.

Cuando los españoles pretendieron pedir al Emperador Carlos V el repartimiento perpetuo de los pueblos de indios, para autorizar su petición y justificar su causa, solicitaron a los religiosos de las tres órdenes —franciscana, dominicana, agustina— que les diesen sus firmas porque sabían que sin ellas el Emperador no había de condescender.

Ganaron los españoles el favor de los religiosos, salvo el de los franciscanos, por cuya causa formaron quejas contra ellos, hasta llamarlos enemigos del bien común y hombres que en todo querían particularizarse.

Viendo que el odio de los seglares crecía, hubieron de ablandarse, y en vista de que fray Francisco de Soto estaba por partir a España, confiaron a él la decisión de si firmaba o no. Los interesados lo trajeron al fin a su opinión y lo hicieron firmar, juntamente con los otros, más por importunación que voluntariamente. Luego se arrepintió de haber firmado, y no pudiendo sufrir el escrúpulo de conciencia, rogó que le mostrasen el escrito que había firmado. Mostráronselo, y viendo su firma, la rompió y se tragó el papel en que estaba puesta, diciendo que había sido engañado.

Fue esto motivo de otra persecución mayor para los franciscanos. Les quitaron las limosnas y los afrentaban cuando iban a pedir pan, pues decían algunas mujeres; "pues cómo, ¿los frailes no comen papel? ¿para qué piden pan?"

Enviado a España con negocios de la provincia en favor de los naturales, al pasar por Tlaxcala prometió a los indios volver a verlos, acabados los negocios a que iba. Llegado a España, y estando en la corte del Emperador, se recibieron nuevas de la muerte del señor arzobispo Zumárraga. Entonces el Emperador y su consejo propusieron el arzobispado vacante a fray Francisco de Soto, quien lo rehusó con mucha instancia.

Pasó en España muchos trabajos por los caminos, así de cansancio por su vejez y descalcez, como por ir desproveído de todo lo temporal.

Enfermó en el convento de San Francisco de Sevilla, y viéndose cercano a la muerte, pidió con lágrimas al Señor que le diese vida para cumplir con los indios convertidos la palabra que les había dado de volver. Oyó esto un comerciante rico de la misma ciudad, muy aficionado a la Orden, y prometióle que si moría en España haría traer sus huesos para enterrarlos en el convento de San Francisco de México, lo cual alegró mucho al misionero.

Estando para embarcarse en el puerto de San Lúcar de Barrameda, subía diariamente a una ermita, y contemplando desde allí el mar, exclamaba: "¡Oh, mar, tómame y pásame de esotra parte! Hermana mar, concédeme esto, y llegando yo allá muera luego".

Al cabo de pocos días se embarcó para la Nueva España y

estuvo aquí de vuelta en 1550. Pasó por Tlaxcala y predicó a los indios a quienes había prometido volver. *"Estando en el púlpito* —dice la crónica— *vieron todos un resplandor de fuego, y levantóse un gran ruido y alteración entre la gente"*.

Reunióse capítulo el año siguiente y fue electo primer definidor. Enfermó en el mismo capítulo, y visitándolo el médico, le dijo: *"Padre, aparejaos para morir, porque se os va acabando la vida"*. Respondió fray Francisco con mucho ánimo: "¿Pues qué he hecho, pobre de mí, desde que tomé el hábito, sino traer siempre esta hora delante de los ojos, y aparejarme para morir?"

Hecha y firmada por él la tabla del capítulo, antes que se leyese pasó a la vida inmortal. Su cuerpo fue enterrado entre los de sus compañeros, en el convento de San Francisco de México.

Estos son los pocos datos que conocemos acerca de la vida de este misionero. Quisiéramos extendernos en su biografía, pero no tenemos mayor información, como nos falta respecto de los que siguen, por lo que nos limitaremos a presentar simples esbozos, parecidos a esos dibujos borrosos que todavía pueden verse en los muros de algunos viejos conventos franciscanos de México.

Fray Juan Suárez

ES EL CUARTO en el número de los doce. Fue electo guardián del convento de Huejotzingo, a donde dejó memoria entre los indios de su religiosidad.

Como "la fama de las riquezas de la Nueva España ponía espuelas a los deseos de los soñadores", muchos intentaron conquistas que los hicieran ricos y famosos. Uno de ellos fue Pánfilo de Narváez, que había hecho un papel desairado en la de México. Concediósele por capitulación firmada en 1526 conquistar y poblar a su costa desde el río de las Palmas (en Tamaulipas) hasta La Florida. Su armada partió en junio de 1527 de San Lúcar e iban en la expedición cinco franciscanos, llevando por superior a fray Juan Suárez, quien había sido electo obispo de la provincia del río de

las Palmas [62], obispado que nunca llegó a establecerse. Esta fue *"una empresa desdichada de principio a fin, en que sólo la muerte recogió abundante cosecha"*. El Padre Suárez, con su compañero fray Juan de Palos y la mayor parte de la expedición, murió de hambre en La Florida, después de padecer incontables trabajos.

Estuvo, pues, muy poco tiempo en México, y por eso quedó tan corta memoria de él.

Fray García de Cisneros

EL SEPTIMO de los doce fue fray García de Cisneros. Era avisado y circunspecto y muy observante de su profesión.

Al convertirse en provincia (1535) la custodia del Santo Evangelio, fue electo primer provincial, cargo que ejerció con mucha prudencia.

Trabajó mucho con los indios, y para que en su ausencia no les faltase predicación, escribía sermones en la lengua de los mismos naturales, y dejábalos en los pueblos por donde pasaba, para que los más hábiles los leyesen en los domingos y fiestas, cuando se juntasen en la iglesia. Estos escritos los guardaban los indios con mucho cariño.

Instituyó fray García de Cisneros el Colegio de Santa Cruz de Tlaltelolco, a iniciativa de Zumárraga y Mendoza, y escogió por maestros a religiosos santos y doctos.

También se fundó, siendo él provincial, la ciudad de Puebla, *"y fue fray García de Cisneros el que más orden, traza y calor dio para ello, juntamente con fray Toribio Motolinía, y ambos le pusieron el nombre de los Angeles"*, según la crónica.

Cuando se disponía a partir a Castilla a dar cuenta al Emperador de las necesidades que esta nueva Iglesia padecía, cayó enfermo y murió, *"y es de creer que fue a gozar de Dios para siempre en su gloria, según lo bien y apostólicamente que vivió"*.

---

[62] HERRERA, Déc. IV, lib. IV, cap. III.

Fray Luis de Fuensalida

FUE EL OCTAVO en el número de los doce, y electo segundo custodio, después que lo dejó de ser la primera vez fray Martín de Valencia.

Aprendió la lengua mexicana y predicó en ella antes que otro alguno de sus compañeros, y entre ellos fue el que mejor la supo.

Diéronle el obispado de Michoacán, y para ello le enviaron cédula del Emperador Carlos V, mas no lo quiso aceptar, por humildad.

Fue a España, con el propósito de pasar a Africa y predicar a los moros, para lo cual obtuvo licencia, que luego le fue revocada por fray Pedro de Alcántara, a la sazón provincial de San Gabriel. En esta provincia fue definidor y guardián de los principales conventos.

Pasados algunos años, y teniendo los Padres de aquella provincia puestos los ojos en él para elegirlo provincial, acordó volverse a la Nueva España, diciendo que desde aquí quería levantarse a juicio con sus santos hermanos y compañeros que en esta tierra había dejado.

Emprendió el viaje de vuelta, pero no pudo llegar a su destino, pues murió en Puerto Rico (1545), donde está enterrado.

Fray Antonio de Ciudad Rodrigo

TOMÓ ESTE NOMBRE de la ciudad de que era originario, en la provincia de Salamanca. Fue segundo provincial de la provincia del Santo Evangelio, y guardián de muchos conventos.

La crónica franciscana dice de él que era varón de mucha penitencia, y muy austero en el comer y beber.

En aquel tiempo el trabajo de los religiosos era mucho y continuo, por ser ellos pocos y muchos los indios. A veces predicaban tres sermones en tres lenguas diferentes, y después cantaban misa, bautizaban cantidad de niños, confesaban enfermos y enterraban

difuntos. Con todo apenas comían, y la frugalidad era en fray Antonio una de las virtudes sobresalientes.

Cuéntase que siendo guardián del convento de México, el señor obispo Zumárraga le envió en víspera de pascua una botija de vino para regalo de los religiosos, y que al llevarla el portero a la celda del guardián, salió éste diciendo a grandes voces: "Cilicios, no vino". La devolvió, pues, suplicando al obispo que no le relajase a sus frailes.

Fue a España en nombre de todos los religiosos de esta tierra para negociar con el Emperador Carlos V que los indios fuesen relevados de tantos trabajos y vejaciones como en aquellos tiempos padecían, en especial para que se diese libertad a los que injustamente tenían por esclavos. A sus gestiones se debieron las cédulas y ordenanzas expedidas por el Emperador en favor de los indios, y él mismo, por encargo del Emperador, le informaba si se cumplían o no.

Fray Antonio fue electo obispo de la Nueva Galicia, pero rehusó la dignidad.

Al volver de España trajo consigo veinte religiosos, que trabajaron mucho en la conversión de los indios.

Cuando enfermó de muerte (1553) fue a visitarle el médico del convento de México, llamado el doctor Alcázar, y viendo que tenía poco de vida, le dijo que se encomendara a Dios porque su hora había llegado, a lo que respondió el religioso con mucha alegría: "¡Oh, doctor, Dios os dé buenas nuevas, como vos a mí me las habéis dado!" Comentó el médico, al salir de la enfermería: "Bendito seáis, Señor, en vuestros siervos y amigos, que si a mí, pecador, me dijeran que me iba muriendo, se me juntara el cielo con la tierra".

Murió fray Antonio en el convento de México, donde fue enterrado.

Fray Juan de Ribas

AUNQUE EN SU TIEMPO se guardaba con harta estrechura la regla de San Francisco en esta provincia del Santo Evangelio, fray Juan de Ribas, con otros diez o doce, procuró nueva reforma e intentó fundar otra provincia. Para este fin dejó la guardianía de Cuernavaca. Anduvieron estos Padres muchas tierras, buscando asiento idóneo para su propósito, y no hallándole, volvieron a la provincia del Santo Evangelio, en la que fray Juan fue muchas veces definidor y guardián del convento de México.

Era celosísimo de la observancia de la pobreza, y cuando en los capítulos disertaba sobre este tema, se encendía en fervor de espíritu. Dice el cronista Mendieta que hallándose él presente en un capítulo provincial se discutió si se recibiría el colegio que en Puebla tenían los dominicos y que donaban a los franciscanos si lo querían recibir. El parecer de la mayoría se inclinó en el sentido de que convenía se recibiera, pero fray Juan de Ribas expuso con tan claras razones la obligación que tenían de guardar la pobreza, que nadie osó contradecirle.

También cuenta la crónica que siendo guardián de Tlaxcala le dijeron que fray Toribio Motolinía hizo en Atlixco unas dalmáticas de raso, harto pobres. Sintiólo tanto fray Juan de Ribas que respondió al que se lo había dicho: *"Decidle a nuestro hermano fray Toribio que se quite el nombre de Motolinía, pues no muestra serlo en sus obras".*

Era fray Juan de un candor angelical, que no cabía en su pensamiento ningún género de malicia ni sospecha siniestra de alguno.

Fue grande predicador de los indios en lengua mexicana, y quien promovió las representaciones escénicas. En las fiestas de los indios hacíales representar los misterios de nuestra fe y las vidas de algunos santos, porque mejor los pudiesen percibir y retener en la memoria.

Murió en el convento de Texcoco el 25 de junio de 1562.

Escribió algunos tratados en lengua mexicana, y fueron: Doctrina cristiana o catecismo, Sermones dominicales, Preguntas y respuestas acerca de la vida cristiana.

Fray Francisco Jiménez

FUE EL DECIMO de los doce. Vino con ellos de la provincia de San Gabriel, donde tomó el hábito.

Su humildad fue tanta que no quiso ordenarse en España, hasta que venido a estas partes se ordenó por la necesidad que había de sacerdotes para la conversión de los indios, y fue el primero que cantó misa nueva en este nuevo mundo.

Envióle el Emperador cédula para ser primer obispo de Guatemala, mas por quedar en el estado que había elegido de fraile menor, no quiso aceptar.

Andaba tan embebido y absorto en Dios, que tenía necesidad de compañero que le hiciese comer y mudar la ropa. Muchas veces le preguntaban si había comido, y no se acordaba de ello, y esto no por falta de memoria o buen entendimiento, mas por andar siempre en continua oración mental.

Siendo guardián de Cuernavaca tenía en su compañía un religioso llamado fray Miguel de Garrobillas, el cual, enfermando el guardián, lo trajo en un caballo a la enfermería de México para que fuese curado. Y descansando ambos en el camino, se soltó el caballo y huyó por lo más alto de la sierra. Y para buscarlo y preguntar por él, ninguno de los dos se acordó de qué color era. Tanto era su pensamiento en Dios que aun de las cosas que traían entre manos no se acordaban.

Fray Francisco Jiménez, que aprendió pronto la lengua mexicana, fue el primero que hizo de ella arte y vocabulario. Examinó todos los libros y tratados que en esta lengua se habían escrito, por particular comisión de sus superiores.

Predicó mucho a los españoles e indios, y de todos era generalmente amado, en especial de los religiosos que entonces comen-

zaron a venir a entender en el ministerio de los indios, que fueron los dominicos y agustinos.

Cuando visitaba los pueblos de los indios, guardaba este orden: en llegando iba a la iglesia a hacer oración, se sentaba y hacía una plática a los indios que allí estaban juntos. En esta plática les decía la causa de su venida. Tras esto, habiéndolos preparado con los avisos requeridos, primeramente confesaba a los enfermos, después a los sanos que lo pedían. Este mismo método usaban ordinariamente los demás misioneros.

Escribió fray Francisco con mucha curiosidad y concierto la vida del santo fray Martín de Valencia, tres años después de su muerte, como quien había sido el más íntimo familiar suyo.

Murió en el convento de San Francisco de México, donde fue enterrado.

Fray Andrés de Córdoba

FUE ESTE SIERVO DE DIOS, lego simple, mas muy sabio en las cosas del espíritu. Vino de la provincia de San Gabriel y es el undécimo en el número de los doce. Los viejos santos de esta provincia daban fe de su mucha religión y virtud.

Aprendió la lengua mexicana y en ella predicó muchas veces a los naturales. En sus últimos años anduvo peregrinando por Michoacán y Jalisco, en la conversión de infieles. En esta ocupación le cogió la muerte. Sus huesos, según Torquemada, estaban guardados con mucha veneración en una caja de piedra detrás del altar de la capilla mayor del convento de Etzatlán, Jalisco, con los de otros cuatro frailes que fueron muertos por los indios infieles.

Fray Juan de Palos

FUE EL DUODECIMO. Vino de la provincia de Andalucía, lo que pasó de esta manera: en la obediencia que el Padre general fray Francisco de los Angeles dio originalmente venían señalados trece, con su prelado fray Martín de Valencia, entre los cuales figuraban fray José de la Coruña, sacerdote, y fray Bernardino de la Torre, lego. Como fray José no llegó a tiempo a reunirse con sus compañeros, y fray Bernardino "*parece que no fue digno de este apostolado*", eligieron en lugar de éste a fray Juan de Palos, de la provincia de Andalucía, para completar el número de doce.

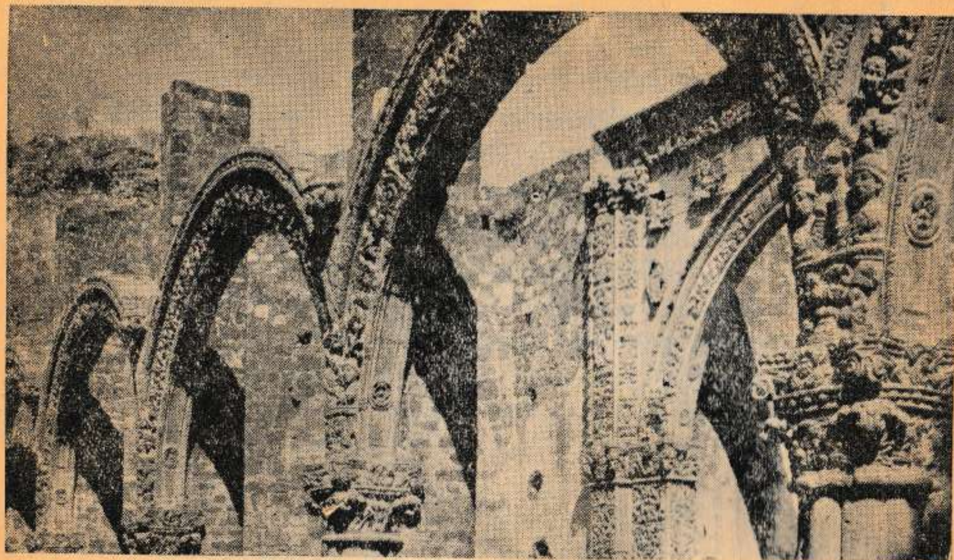
Fue en esta tierra muy ejemplar trabajador, y predicó muchas veces a los indios en lengua mexicana. Acompañó por obediencia a fray Juan Suárez cuando fue a La Florida con el capitán Pánfilo de Narváez, y murió de hambre, como en la vida de fray Juan se dijo, "*y como fueron compañeros en la peregrinación y muerte, es de creer lo son también en la gloria*".

Epílogo

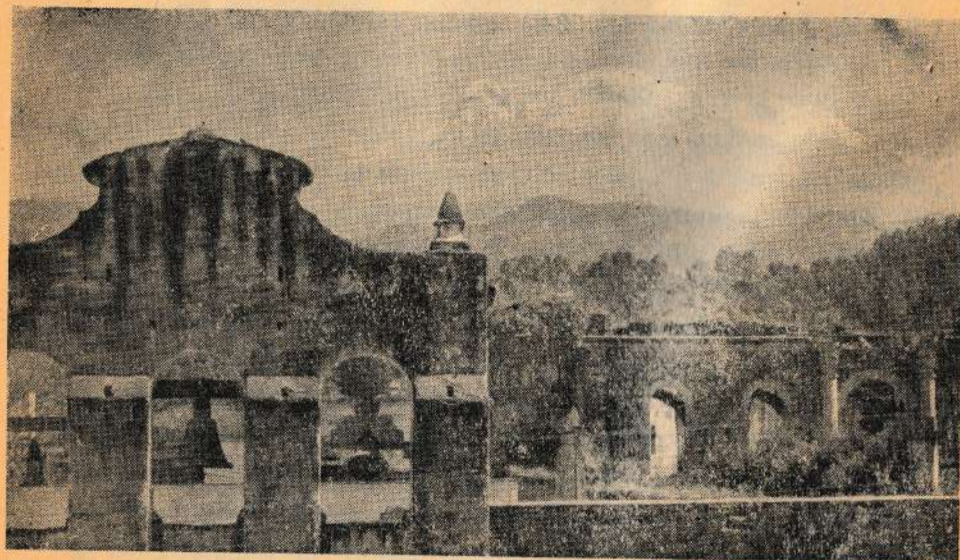
CON EL ANIMO DE RECOGER UN DESTELLO vivo de aquella luz que derramaron *Los Doce,* el autor visitó algunos de los lugares que hollaron sus plantas desnudas.

Tlalmanalco, a la sombra de los volcanes nevados, tiene impresas las señales del paso de los primeros apóstoles. Diríamos que su convento —de paredes húmedas, vencidas— está poblado de silenciosas sombras que obligan a la muda contemplación de las piedras venerables.

En la dramática soledad del monasterio revivimos las figuras de los santos viejos que lo habitaron. Fray Martín de Valencia (ahí, en un muro, está su efigie despintada) pasaría por aquí, ensimismado, hacia aquel bosque donde estaba el árbol que se henchía de pájaros mientras oraba, y volvería a su pobre celda —el hábito roto, los pies heridos— bendiciendo a los indios que se encontraba en su camino, padres de éstos que nos abren las puertas del convento, nos guían por sus corredores, y a quienes preguntamos en qué sitio es-



Capilla inconclusa de Tlalmanalco.



Tlalmanalco.



Iglesia de Tlalmanalco.

tuvo enterrado el cuerpo de fray Martín. "El señor cura ha de saber", nos responden.

Tal vez no hayan oído pronunciar antes el nombre de este Padre que, con sus hermanos, preservó de la destrucción la raza inmutable a que pertenecen estos hombres que pisan con pies descalzos, respetuosamente, las baldosas del convento. Pero cantan su memoria con voces límpidas las campanas de la iglesia, y esta hermosa cruz labrada nos lo recuerda, y estas lindas niñas indígenas vestidas de blanco y coronadas de flores que bajan las gradas del templo después de su primera comunión, están elevando un himno al dulce fraile viejo, al Padre Martín, que lo escuchará sonriente sentado entre los ángeles.

El paisaje, inundado "de esa luz resplandeciente que hace brillar la cara de los cielos", envuelto en esa "atmósfera de extremada nitidez" que purifica la región de Anáhuac, tiene también impresa una señal franciscana: la alegría. Es la alegría que irradian los blancos campanarios, estas torres en que predomina —según lo descubrió la fina observación de José Moreno Villa— "un espíritu flotante o ligero como si la religión hubiera querido hacer olvidar con sus construcciones todo lo oscuro y macizo de las religiones indígenas. Sal y alegría repartidas a voleo sobre las misteriosas pirámides y mesas de sacrificio". Eso es: sal y alegría descienden sobre el paisaje como una bendición franciscana.

Porque los Doce —y los sucesores de ellos— modelaron no sólo el alma, sino también el cuerpo de México, o sean estas ciudades, estos pueblecitos que se hacinan en torno a la iglesia, cuyas torres dominan y definen nuestro panorama civil.

Hay un espíritu malo —a veces se le denomina Revolución— que ha intentado destruir, sólo por destruir, esta alma y este estilo, que ha sacado las raíces de que se nutre nuestra vida para que se pudran al sol, que quiere el retorno a la piedra de sacrificios, que pretende borrar, en el alma y en el suelo de México, las huellas de nuestros Padres.

En ser lo que hemos sido, en resistir la acción de ese espíritu del mal, está el secreto de nuestra gloria, según el aviso del poeta:

Patria, te doy de tu dicha la clave:
sé siempre igual, fiel a tu espejo diario;
cincuenta veces es igual el ave
taladrada en el hilo del rosario,
y es más feliz que tú, Patria suave.

BIBLIOGRAFIA

ALAMÁN, LUCAS, *Disertaciones sobre la historia de la república mexicana*. Méx., 1942.
BAYLE, CONSTANTINO, *España y la educación popular en América*. Madrid, 1934.
BEAUMONT, FR. PABLO, *Crónica de la provincia de los Santos Apóstoles San Pedro y San Pablo de Michoacán*. Méx., 1932.
BRAVO UGARTE, JOSÉ, *Introducción y notas a "Carta al Emperador", de Motolinía*. Editorial Jus. Méx., 1949.
BORGIA STECK, FRANCIS, *Los colegios misioneros franciscanos en América Española*. B. Aires, 1938.
CORTÉS, HERNÁN, *Cartas de Relación de la conquista de México*. Madrid, 1940.
CUEVAS, MARIANO, *Historia de la Iglesia en México*. Méx., 1946.
DÍAZ DEL CASTILLO, BERNAL, *Conquista de la Nueva España*.
ESPINOSA, FRAY ISIDRO FELIPE DE, *Crónica franciscana de Michoacán*. México, 1946.
ESQUIVEL OBREGÓN, TORIBIO, *Apuntes para la Historia del Derecho en México*.
GARCÍA ICAZBALCETA, JOAQUÍN, *Don Fray Juan de Zumárraga*. Méx., 1947.
HERRERA, ANTONIO DE, *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*. Madrid, 1730.
LAS CASAS, BARTOLOMÉ, *Historia de Indias*.
— *Treinta proposiciones muy jurídicas*... Buenos Aires, 1924.
LÓPEZ, ATANASIO, *Los Doce primeros Apóstoles de México*, Barcelona, 1930.
LÓPEZ, DE GOMARA, P., *Historia de las Indias*. Madrid.
MENDIETA, FRAY JERÓNIMO DE, *Historia Eclesiástica Indiana*. Méx., 1945.
MOLINA, ALONSO, *Vocabulario en lengua castellana y mexicana*. Méx., 1555.
MOTOLINÍA, FRAY TORIBIO, *Historia de los Indios de la Nueva España*. Méx., 1941.
— *Carta al Emperador Carlos V*. Editorial Jus. Méx., 1949.
OROZCO Y BERRA, MANUEL, *Historia de la Dominación Española en México*. Méx., 1938.
PEREYRA, CARLOS, *Historia de la América Española*. Madrid.
RAMÍREZ, JOSÉ FERNANDO, *Vida de Motolinía*. Méx., 1944.
RICARD, ROBERTO, *La Conquista Espiritual de México*. Editorial Jus. Méx., 1947.
SÁNCHEZ, FR. DANIEL, *Bio-bibliografía de fray Toribio de Benavente*. Méx., 1941.
SIERRA, JUSTO, *Evolución Política del Pueblo Mexicano*. Méx., 1940.
SIERRA, VICENTE D., *El Sentido Misional de la Conquista de América*. B. Aires, 1942.
TORQUEMADA, FRAY JUAN DE, *Monarquía Indiana*. Sevilla, 1615.
VETANCOURT, AGUSTÍN, *Crónica de la Provincia del Santo Evangelio de México*. Méx., 1871.
— *Menologio franciscano*. Méx., 1871.

INDICE

SEMBLANZAS DE LOS DOCE

•

Acabóse de imprimir esta obra el día 15 de abril de 1959, en los Talleres de la Editorial Jus, S. A. Plaza de Abasolo 14, Col. Guerrero. México 3, D. F. El tiro fue de 3,000 ejemplares.